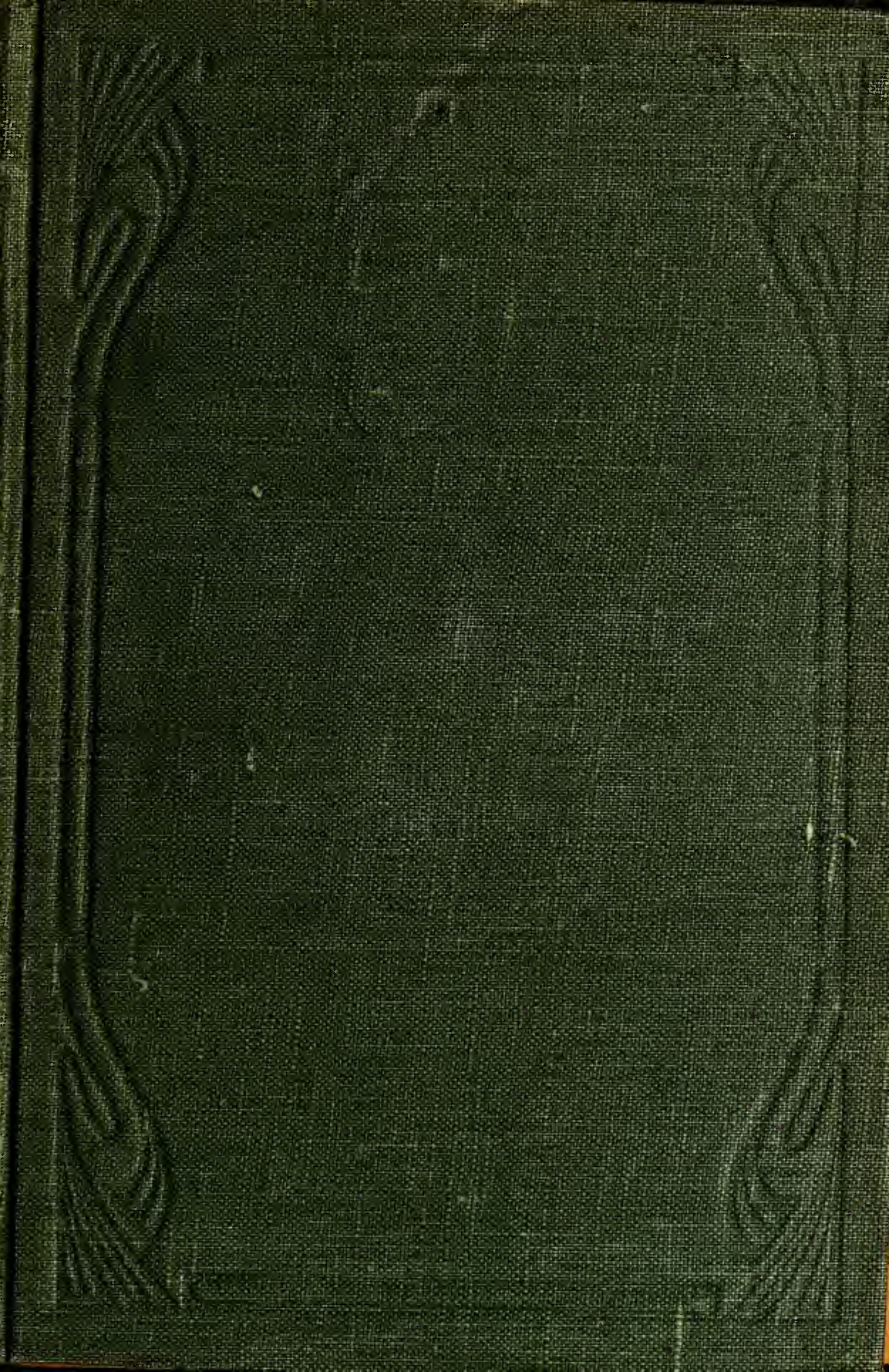


RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

MORBIDECES

Nada importa nada
TEÓFILO GAUTIER.

1908
IMPRENTA «EL TRABAJO»
10, GUZMÁN EL BUENO, 10
MADRID

PRÓLOGO

E este libro que lleva mi firma, soy sólo el editor.

La explicación de esta antinomia es toda una historia.

●

Su innominado autor, es un joven de recia catadura, tallada á la manera cruda, endurecida y plástica de Rodin.

Dos arrugas inextirpables cruzan su frente como relejes que trazó la caravana de los pensamientos al pasar...

Enmelenado, fumador en pipa, tocado con un chambergo blando y una bufanda á cuadros, es su continente de los que inquietan á los policías y hacen salir á las porteras de su tabuco creyendo haber dado fuera de turno con una entrega de folletín.

Su expresión, como atemorizada y sorprendida, el extravío manso y tortuoso de su mirada, el *rictus* ambiguo é indesiso de sus labios, su silencio, su unipersonalismo

sostenido, desorientaron en mí esa perspicacia de antropómetra que creemos tener todos, y no hubiera conseguido interpretarlos de no haberme dado él mismo su secreto...

Durante mucho tiempo fué para mí el *conocido de vista*. Me lo encontraba con insistencia, en las ferias de libros, en la taquilla los días de estreno, en los Museos, en los conciertos, en las conferencias y en el lugar más recóndito de las bibliotecas. En todas partes solo.

Su independencia llegó á interesarme, y busqué en vano al amigo fácil de todas las presentaciones.

Sin embargo, llegó al fin el día en que nos reconocimos con franqueza. Fué en una de esas salas arrinconadas y ocultas que nadie visita en los museos—la del Conde de Valencia de Don Juan, en el Arqueológico.

Era la primera vez que la visitaba.

El arcaísmo del recinto, su recogimiento aristocrático y silente, me inmutaron.

Lleno de emoción y de videncias, ante

el espíritu prócer y distinguido que sahumaban sus cosas, me detuve en el umbral con tímida unción...

Sobre las paredes, aforradas de rojo, apenas se esbozaban, difuminados por la penumbra, los fantasmas linajudos y exánimes de los retratos y las hazañas mitológicas de los tapices.

Un reloj francés palpitaba con entonación anacrónica y solemne sobre una repisa. Su indolencia agoniosa trocábase pizpireta cada cuarto de hora, repiqueteando sutilmente con delicadezas de salterio... Su isocronia perdurable era la melopeya anódina del anodino cronicón romanceado, en el que minuto á minuto se iba trascribiendo la cacofónica vida de sus señores.

Arcaces, grandes armarios blasonados, retablos con relieves místicos, tripticos alemanes de asuntos religiosos representados por figuras inmovilizadas, finas, enfermas; bargueños, cruces procesionales y...

...Me detuve sorprendido en mi requisitoria. Era asaz inesperado el hallazgo. En un

rincón ensombrecido del recinto estaba él, el anónimo, el solitario trashumante, nuestro autor.

Apoltronado en un ancho sillón de talla, destacábase la lividez de su rostro sobre el cuero atezado del respaldo. Envuelto en su pañosa como en un ropón caballeresco, alguno de cuyos pliegues me escondía, quizás, la roja cruz de Calatrava, sin el plebeyo aspecto tonsurado del cosmopolitismo actual, poseído de la aristocracia de su alrededor, según era de notar en la familiaridad de su gesto, en la desenvoltura de sus ademanes y en la mirada animada de familiaridad y y de remembranzas con que perforaba los objetos, todo me hizo presentir que él era el señor del palacio. Sí; seguramente, sus armas eran las que se exaltaban sobre el brocatel gualdo de los reposteros y sus antepasados los personajes patinosos de los cuadros.

En un arrebato de visionario y de fantasista, pergeñé un saludo clásico y me presenté á él como un espadachín en cuya es-

carcela, repleta de madrigales, faltaba un doblón...

Me comprendió, y epilogando la comedia, haciendo los honores de dueño, improvisó rancias historias ante el hermetismo de las gavetas, los bustos en cera de los medallones, las miniaturas, y ante las vitrinas exornadas con porcelanas, de Alcora de Sajonia y de Viena, en las que bellas figulinas vivian perpetuadas en un idilio, en una donosura ó en un paso de *can-can*.

De allí salimos amigos, ¿amigos? Por lo menos así lo estimo yo. Mis diez y ocho años ahuyentaron sus recelos, y desde entonces—un año hace—nos hemos tratado, aunque lacónicamente y dejando á la casualidad que preparara los encuentros...

Hace dos meses me leyó estas cuartillas que había decidido publicar con premura.

Pasaron suficientes días, y cuando ya esperaba la sorpresa del libro impreso, se anunció tras el portier de mi despacho recitando unas estrofas desconocidas, raras...

—¿Y tu libro?—le interpelé.

—Incinerado—me respondió.

—Cómo, ¿ya no lo publicas?

—No. Reaccioné tarde, pero al fin, contra el vago romanticismo que me sugirió la idea de su publicidad. La impremeditación —una impremeditación alevosamente premeditada—y el afán calenturiento de los primeros momentos, son la única disculpa de aquella decisión. Me iba á confesar sinceramente, sin creer en el confesor ni en el sacramento y de manera paradógica é inusitada; al propio tiempo que negaba el altruísmo iba, á cometer el primer acto altruísta de la historia.

—¿Entonces?—insinué.

—Entonces escribí un poema y planeé un drama. Del poema son los versos que me han precedido, y del drama es el incendio febril de mi mirada...

—Me recuerdas — le interrumpí — al Henrich de *La campana hundida,* de Hauptmann. Él, como tú, comienza siendo poeta, afánase en la ejecución quimérica de sus campanas, y llega á escalar las cumbres.

Pero un día flaquea, y desciende de nuevo al valle dispuesto á vivir con sus gentes la sencillez cuotidiana de la vida. Pretensión efimera, porque pronto—como tenía que suceder—surge en él el *excelso,* y propende otra vez hacia las alturas, deseoso de forjar las inmensas campanas de su ensueño...

—No soy Henrich — me replicó —; mi transfiguración no contradice mi verdad, la acentúa... Mi tolerancia de ayer, la que redacté en mi autobiografía, era todavía infantil, rezagada, escrupulosa, era más bien una intolerancia pasiva... Hoy mi egoísmo me ha recomendado la adaptación hasta en el movimiento y en la victoria... Cuentan que Luis XI tenía una colección de puercos, á los que disfrazaba de gentiles hombres, de burgueses y de canonigos....

Esa broma, es la que han remedado en serio los clásicos y con un romantícismo insuperable Hauptmann, Tarde, Ruskin, Renan y tantos otros...

No sé por qué las gentes gustan de vez oculta su condición cerduna bajo esos pa-

ramentos que no la modifican y que no pasan de ser artículos baratos de mercería, pero lo cierto es que les encanta. Cobrarse de esta simpatía es un *modo de adquirir* más pintoresco que el de la religiosidad, la honradez y el pillaje. Benvenuto y Maguiavelo y Lipi, lo en entendieron así... De aquí mi poema y mi drama, y de aquí también la obra de trabajo que me he propuesto para el porvenir: obra *regresiva*, inferior y difícil... Además desahuciado, comprendiendo que he de pervertirme necesariamente en la actualidad, he decidido no hacerlo á la manera discreta con que ellos lo hacen fundando una Iglesia sino de un modo indiscreto y ebullente fundando un aquelarre.

Callamos. Comprendí que era definitiva su resolución y le propuse que me donase el manuscrito. No me objetó nada, y algunos días después me lo envió sin ningún derecho reservado, pero sin su firma.

Hélo aquí.

Creyendo cumplir un deber de especu-

lador, lo publico por mi cuenta.

En él se esplaya la psicología de cierta juventud que extraña á todos con su quietismo, con sus negaciones, con su falta de escrúpulos, y que sin rebeldía ninguna se pierde desapercibida y morosa en la grisura de un destino de 8.000 reales...

—¿Por qué no luchan por el ideal?... ¿Es que no lo tienen? ¿Qué esperan entoncés? ¿Cuál es su programa? ¿Cómo concibe la vida su arrogancia iconoclasta é impavida?...

A estas preguntas con que piensan en ellos los hombres sensatos, contestan éstas páginas.

En ellas se patentiza la crisis de un espíritu, que, interrogado por las más diversas opiniones y requerido por todos los caminos que se abren ante el pensamiento en los comienzos del siglo XX, aplanado ante tan arduas empresas, opta por no salir de la encrucijada, donde abre con filosofía su silla de tijera, disculpando ingeniosamente su inercia.

Su autor sigue enfermo de todas las enfermedades que denuncia. En toda la obra, bajo sus crueldades y sus indiferencias, habla bondadosamente el apóstol, y bajo el orgullo que lo acalla, trasciende sobre su resignación, la queja del hombre que tiene un buen ideal de paz y de felicidad general. Sin embargo, en tiempo de la tiranía hubiera sido un proscrito, y con la Convención un reo de muerte...

Los poetas son los que más podrían ofenderse con este libro. Serían injustos. Su autor es un poeta embrollado, un poeta perdido en las sinuosidades de un laberinto. Atentamente se pueden descubrir en él rasgos exagerados de sentimental. Y si esto no fuese suficiente razón de su indulto, el cuento *La Hetaria y el ciego* cumpliría el rescate.

Y basta de crítica; soy su amigo y ya es por sí solo un abuso de confianza, el que con la misma inexorable finalidad con que Charcot cita á los histéricos, Lombroso á los locos, y Ribot sus muchos documentos humanos, yo aproveche sus expontaneida-

des como *vivisección* de un espíritu juvenil nacido bajo todas las condiciones climatéricas de la alborada del siglo XX.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Madrid, Marzo, 1908.

I

Por un momento voy á salir del éxtasis descerebrado en que vivo. Requiere este sacrificio mi tranquilidad. Así el silencio con que paso entre todos, dejará de ser un equívoco. La hipocresía rehuirá de mi encuentro, y al saberseme inaccesible, nadie se acercará á mí buscando el corifeo ó el prosélito. Esto hará mis relaciones con los demás atemperadas, sencillas y translúcidas.

A la pantomima íntima con que se me ofrecen mis impresiones, he de ponerla letra: esto trasgirversará su significado, pero es inevitable.

Mis doctrinas (?) (1) han de incidir directamente sobre vuestros instintos, por esto necesitan ante todo neutralidad, y ya pro-

---

(1) Para conciliar hasta donde sea posible mí espíritu con el del libro, uso la interrogación. Este es un medio más de mi sinceridad para aproximarse á su plenitud, y lejos de denotar inseguridad, patentiza una firmeza templada y noble.

Empleado por mí, su laconismo tiene múltiples acepciones heterogéneas. El armoniza la trascen-

picios de este modo á su epifanía, reclamo (?) un escepticismo irreverente. Esta es la garantía de mi verdad. Sólo los sugestionadores ó los apóstoles del error, necesitan de la fe, sordidez de que debemos recelar, pues ella ha preparado las prevaricaciones más absurdas de la humanidad.

Hace ya tiempo, una tarde en el Ateneo me coloqué frente á un espejo, y señalando

---

dentalidad de ciertas palabras, su redundancia, su rigidez: desconcierta su empaque apostólico las flexibiliza, las hace cromáticas, las proporciona, hace menos obtuso ó menos agudo su ángulo, y aplicado á ellas como sordina, humaniza su academicismo, su prosopopeya, su dogmatismo, su espíritu tradicional, y el tono con que los sapientísimos ó la costumbre las ha gravado...

El sólo se refiere á la palabra inmediata anterior, pero no á la idea. Sin embargo, vosotros mejor haríais en no interpretarles; porque presumo que confundiréis mis razones con las vuestras. Ni debéis tampoco ufanaros creyendo ver en ello una concesión de impotencia porque siempre que sentencio algún pensamiento ó alguna palabra, lo hago en atención á mi orgullo, que camina en progresión directa á mis ideas, pero nunca con relación al vuestro.

mi figura, inmersa en su luna, rompí mi silencio inveterado para decir á un amigo (?):

—¿Ves á ese joven? Para tí, como para todos, es estudiante, empleado y literato... Pues bien; ese no soy yo. Parasitariamente me encubre y me caracteriza, haciendo de mí una paradoja. Créeme: yo soy ajeno á sus palabras y á sus actos. Todos me parecen artificiosos y peregrinos. Es un engendro del medio ambiente, que de manera imperativa lo ha adicionado á mí. Sin embargo, bajo su apariencia fantasmal y extranjera, se regodea mi verdadero yo. Con el objeto de revindicarlo de una vez para siempre, en prevención de que lo acalle ó lo ajusticie por prudencia el futuro juez, el futuro jefe de Negociado, ó quizá el futuro hombre público, es probable que me decida algún día á hacer un libro.

Esto dije entonces con volubilidad, sin pensar cumplirlo. Sin embargo, al fin estoy poniendo en limpio las cuartillas de este libro que no he debido escribir (observación reticente, que he tachado varias veces en

el original, donde encontraba una nueva razón á cada paso)...

Un libro es un alambicamiento morboso. Por eso nada más contrario al libro que mi libro. Esta disipación es lo único que me aparta del hombre natural, lo que la haría abominable, sino me distanciara á la vez del hombre artificioso.

Mi dirección literaria y pensadora es un desviamiento de mi sensualidad, debido á que ésta no puede explanarse hoy según su norma natural. No pudiendo ser francamente impulsivo, magnánimo é imperioso, no pudiendo poseer una selva virgen, un arco, un caballo de raza, una canoa y una mujer que se trasfigurase todos los días (ó dicho de una manera más salvajina: muchas mujeres).

No pudiendo poseer tampoco á cambio de esas riquezas, agrestes, rústicas, desbordadas, que son el ideal, otras maneras degeneradas de cumplir mi avidez, la botella del Rhin, un abono en Turnié, un kilométrico, un soto, una linda Marionetta, *habillée*

chez M$^{me.}$ Martel, una *Villa* en cualquier rincón campesino—con su nombre de mujer en el frontis, sus meridianas, sus mecedoras, su sillón de mimbre, su piano, sus nocturnos serenos y argentados, su olor á menta y sus retratos—y un millón con todas sus secuências dispendiosas y triunfantes...

...Desposeído, contenta á la voluptuosisidad el acariciar sus propias morbideces, con la añoranza ó dibujando una fábula sobre el papel. Fruiciones afines con otras muchas de que ya hablaré, como la cordialidad pintoresca de un décimo de tres pesetas, de un escaparate de corsés ó de modas, de una salida de teatro ó de un *solitario*...

En esta situación precaria, he tenido tiempo de hacer este libro. Un libro — repito—que no se debiera publicar. Él ocasionará asperezas, miradas frigoríficas en los hombres sensatos, y hará que me proyecte como un incubo en los ingenuos espíritus femeninos...

Por él no mereceré las extremosidades zalameras y merengosas de las buenas amigas, coro indiscutible de un libro ortodoxo...

Quizá yo he debido comprarme una hermosa corbata, sacar una matrícula de honor, hacer unos versos para leerlos en una velada cursi (?) entre una audición de Rigoletto, y un dúo ó alguna otra cosa importante, en vez de llegar á ser un pecado de confesión...

Además, mi nobleza (?) ha de sonar con impertinencia como una *pifia* entre la armonía ambiente que instrumentan todos. Y es fácil preveer la decisión de un auditorio colocado en la disyuntiva de silbar el concierto prestigioso y mundial, ó anatematizar á esa nota insurgente y única que se inicia sin autoridad en la galería con pretensiones de diapasón...

Más con estas y otras razones, no he podido reaccionar contra el vago romanticismo que de manera inaudita — á mí que he barrenado todos los romanticismos—me

ha impulsado en esta empresa...

Ninguna de mis afirmaciones es apriorística. Pero como no podré dar todas las explicaciones que fueran necesarias, por ser mi editor, á veces muchas de ellas parecerán arbitrarias. (Esta es una aclaración que no hago porque me asuste la arbitrariedad.)

Todo él está ideado (?) fuera del despacho. Todas estas filosofías (?) que ahora redacto—calzando unas modestas pantuflas en vez del alto coturno de los transcendentales—han nacido interpoladas entre una visita á Eslava y un viaje, entre cigarrillo y cigarrillo, entre paseo y paseo, entre los amables disparates de unos labios modistiles, y sobre todo, entre lapsos interminables de no pensar en nada...

Esto quiere decir que mi filosofía (?) ha sido interpretada frívolamente de tal manera que hasta los estudios trascendentales (?) sobre el nuomeno, sobre el antropornorfismo y la cosmogonía, los he hecho tararean-

do al propio tiempo el *vals* de moda...

Ella no es producto de una larga meditación, taciturna y enseriecida, que la hubiese contaminado de pesadez y de jaqueca. Está pensada (?) sin indignación, sin severidad y sin violencia. Y por ser libre de toda destemplanza y de todo hipo, lo es del cándido defecto de emplear los signos admirativos.

Esta aparición esporádica y voluble de mis pensamientos, mi enemiga á forzar la tranquilidad del momento hacen imposible una idea de conjunto, cuyo solo aspecto cuadriculado y metódico me consterna. Además de que la preocupación de la lógica sería tan metafísica y tan respetuosa que desvirtuaría la idea apóstata de mi libro.

El es una sencilla autobiografía. Todas las obras lo son más ó menos embozadamente. De no ser así tendríamos que adjudicar á veces una tercería desairada al buen autor.

Willy [1] corrobora mi opinión, y Necker en su libro sobre M.me Staël, dice: «Sus obras son las memorias de su vida bajo una forma abstracta». La mía tiene la audacia de serlo bajo una forma concreta y precisa.

Sin embargo, sólo es hasta cierto punto mi autobiografía. Esta es una palabra que sólo puedo pronunciar yo en su verdedero sentido. Vosotros no podéis saber quien soy. Todos los seres estamos aislados en nosotros mismos, y todos de idéntica manera somos impermeables é insolubles.

Lo único que puedo hacer es que sepáis quienes sois, y superticiosamente exclameis al evocaros ó al sentiros personales: «Esto es él.» Y ni aún esto, si me resistís como una tentación...

---

(1) Si cito á alguien, es con la completa seguridad de que me cito á mi mismo, y sólo escribo los nombres para evitar vociferaciones y secreteos.

II

Yo soy un bípedo implume, y como la sensación capital de mí está más en el tronco y en las extremidades que en el cerebro, y esa sensación es intrascribible, de aquí que yo no pueda hablar de mí más que nominativamente y de la manera con que la inteligencia avizore desde su atalaya las apariencias y los resultados de mi fisiología.

Yo he democratizado el cuerpo—mejor dicho—, lo he normalizado. El cerebro era en mí como lo es en la humanidad, algo feudal y absorbente. Reaccioné contra su aristocracia y destituí sus orgullos. Hubo en mí algo así como un 21 de Enero de un 93. Lo mereció. Él era culpable, además de otras muchas preocupaciones baldías y endémicas, que ya denunciaré más adelante, de dos grandes depravaciones: él ha inventado el corazón y la conciencia, productos idiológicos, causa de bárbaros desmanes, de estrepitosas violencias y depauperaciones lastimeras...

Entonces me quedé á solas con mi fisiología, y miré á las cosas sin la clave previa y tradicional del fiscalizador guillotinado.

Todas tomaron un nuevo aspecto manso, silvestre, acueo, ecléctico...

En esta tesitura, protegido por mi soledad y mi silencio, he destilado la vida y he acabado de desamortizarme...

La cabeza ya no es en mí ese fardo deplorable y enfermo, que atruena y que tan irritantes impresiones reflejas, impone á la neurosis. Hoy carezco de opiniones obsesionantes. Dotado de un aticismo sin inquietudes, descerebrado, descanso en mi sencillez, y en mi ecuanimidad como en un fin supremo y perfecto. Esta ingravidad y esta morbidez hacen leve y muelle el segundo. Sin reflexiones limitativas, habiendo adquirido en el fondo mi amplitud natural, gozo de una fluidez dilatada y extraordinaria.

Tener un programa; cumplir un apostolado; ser el turiferario de cualquier religión; ser una idea fija, palingenésica, inexo-

rable; constreñir, apelmazar, distraer nuestro proceso vegetativo con tales fanatismos, es un impernonalismo exagerado que no comprendo, aunque oficialmente se le llame personalidad...

Eurítmico, sin ninguna presión desagradable, ninguna idea cristalizada, ningún juicio reticente, ningún tatuaje, me es doloroso concrecionarme para comprenderos y para opinar según vuestra costumbre. Por esto os rehuyo. He llegado á un punto en que me es imposible (?) imaginar la reducción necesaria al espíritu (?) para poder tener la idea del deber, del derecho, de la amistad, de la patria, del público, de lo sublime, de la divinidad, de la honrrra [1] y de tantas otras futesas.

Sólo por reacción contra esas creencias

(1) Escribo honrrra con tres erres, porque sería un absurdo creer otra cosa, de habérsela oído pronunciar solemnemente á los buenos padres de familia, á los moralistas, á los actores dramáticos ó al Ministerio Fiscal.

he colegido fugazmente, cuáles podrían ser las mías.

● ● ●

En el grado supremo de estimación y de importancia que pertenecía á los Dioses, he consolidado mi categoría. Fanfarronamente me podría llamar Dios, pero esto suena broncamente á oquedad.

Aunque mi vida sea un accidente, es en sí misma y en su minuto lo absoluto (?) Absoluto bien relativo para vosotros que me véis en perspectiva por mucho que os acerquéis.

Soy algo así como la personalización de la doctrina de Monroe, y mi ideonidad no ha requerido para estatuirse la venia de la estética ni el resultado de ninguna cubicación oficial, desfachatez imperdonable que cuenta con vuestras ironías.

Alguien, al notar mi altivez, creerá que ignoro á Lamark, Darvín y á Haeckel. Se equivoca. Mi excelsitud (?) no se avergüenza de tener coxis.

Estoy edificado firmemente sobre las piernas. Sin embargo, sé que puedo tropezar y desnucarme si no sé evitar los tropiezos. Así os llamáis vosotros; esa es vuestra única significación en mí, es decir, no la única, porque también os llamáis apropósitos y halagos.

La sabiduría (?) que enseña á no tropezar es la única aceptable. Su ciencia es circunstancial, amable, contemporizadora y ha de ser tan flemática, tan desenvuelta y tan ductil, que consienta en apartarse á tiempo de los peligros ineludibles, nunca encararse con ellos.

Muchas veces al sacar la espada para defendernos nos sentenciamos á muerte. La espada ha de saber ser cortesana para salvarme con su cortesanía. Los mártires y los soldados se dejaban matar por no perder su grandeza. La mia sabe que el único medio de no perderse es dejandose vivir.

El sortilegio de toda mi sabiduría (?) trascendente (?) está en mi mirada. Ya veis si él es sencillo. Nò quiero hacer valer mi

ciencia (?) reputandola logaritinica y reputandome hierofante. No soy taumaturgo en vuestra acepción y mi anormalidad aparente depende solo de la que os es constitutiva

Es necesaria á toda anunciación una mirada clara, límpida, virginea, que lo diga todo y no diga nada. A ella ha de corresponder un almo estado de inocencia capaz de múltiples acepciones.

En la mírada ha estado el defecto primordial de todas las filosofías. Ella ha sido en vez de un cristal hialino, en comunicación directa con el espíritu de los hombres, un cristal azogado, un espejo, es decir, algo puesto al servicio de los demás, y en el que todo se individualiza, todo menos ellos mismos.

La purificación de la mirada y del espíritu ha sido el resultado de la negación genérica y sencilla en que lo he envuelto todo y que ha eliminado en lo objetivo el valor subjetivo y fantaseador que lo animaba.

La negación parece que ha de preparar necesariamente el pesimismo. Esto no es

cierto: lo que ha sucedido es que los lapidadores no han sabido aprovechar sus negaciones. Resolviéndose á ser sólo un espejismo, ha tomado en ellos un aspecto agorero, rigorista y macabro el yermo asolado. Por esto han surgido de su desorientación las declamaciones angustiosas de Jeremías. La negación por sistema ó por especulación es una estúpida (?) venalidad. Sólo en vista de una afirmación se debe negar. Otra cosa es peligrosa y puede dar lugar á ululantes trenos maléficos y á terribles reacciones neo-católicas ú otros neos cualesquiera.

Por no haber sido suficiente la afirmación de la Revolución francesa, impera Napoleón y le acogen todos como el ideal que les hacía falta para orientarse. Entre los más conocidos iconoclastas se nota esta inseguridad de sí mismos. El error de Schopenauer está en encontrar en sus descubrimientos un motivo de menosprecio. Es e mismo error de los que practican la ironía ó se aduelen ante los acaecimientos. Leyendo los primeros libros de Huysmans se

comprende su conversión. Nietche, que pudo haber sido natural, disuelve su acierto en un vano afán de apóstol, de poeta y de admonitor. Además de que con su ultrahumanismo, le pervierte ese ansia trascendental de ideal que á Diógenes, siendo tan íntegro, le hace encender su farol para buscar al hombre, y que á Richepin le hace esperar un Cristo obrero.

El resultado de mi negación es, por el contrario, optimista, con un optimismo garantizado, pues habiendo afirmado en justa proporción no tendrá que rectificarse. Prevenirse á las rectificaciones es el eje invulnerable (?) del optimismo.

Mi negación lo ha despejado todo. Las bibliotecas no tienen su consternadora importancia de antes. Me he salvado de la apoplegía; mi sangre es menos linfática; mis pulmones han salido de su contracción; soy menos adiposo; me he curado de la enfermedad epiléptica y formidable de Alcestes, Hamlet, Poé y Don Quijote, y obrando como depositivo y vacuna me ha salvado

de ciertas epidemias.

Sin mundo de los muertos, sin altas figuraciones líricas que puedan hacer de su magnificencia un criterío de enemistad para lo real, sin irritantes aspiraciones, de esas en cuya avidez existe casi siempre un malhumor ó una desesperación, sin la obsesión del símbolo original que habría de requerir la impresión al ser redactada, libertado del esbirro que musita al oído de los seres la idea de Dios, de la responsabilidad y del fin y que, conminándolos con la amenaza, les prohibe sus propias vendimias; el paisaje, los objetos y los seres influyen gratamente sobre el espíritu sencillamente acordado con su naturaleza.

La negación ha hecho posible mi estoicismo: broquel de mi aquiescencia y de mi reposo. Estoicismo ageno al clásico que, esforzando la naturaleza, era tan delectéreo y tan doctrinal como el ascetismo y la circuncisión. El mío es menos recalcitrante y más epicúrico. Algo de él lo he aprendido ante el impertérrito accionar de esos seres que en

las películas cinematográficas siguen el curso de su novela sin atender el clamoreo glosador ó adverso del público; ante esos señores mesurados y sabios que, en las cuestiones graves, escurren el bulto ó dan la razón á cada uno de los contrarios, ante la figura apacible de ese señor que siempre, alrededor del tapete verde en los casinos, nunca juega, y ante el lacónico ejemplo del que nunca tercia en las discusiones...

Este estoicismo epicúrico posee una dinámica metamorfoseadora, y así como en química á veces un tóxico aleado á otro cuerpo pierde sus condiciones deletéreas, así él organiza la acción desgarradora del dolor. Sirviéndose de su tolerancia, de su benignidad y del eufemismo como sordina, evita el lamento, la estridencia tormentosa del dolor, llegando á hacer de éste una complicada voluptuosidad; domestica los impulsos leoninos á que es propicia la sensibilidad, y de ingeniosa manera hace de su dinamita vistosos juegos pirotécnicos que ya especificaré después cuando hable más

especialmente del adaptado; de la envidia [1] hace un apropósito de quintaesenciados placeres solitarios, transformando la imprecación irritante con que envidian los *bárbaros* en una dulce ansiedad, contemplativa, extática, ingrávida y sin reconcomios que, en el fondo, es ya una posesión; y, por fin, él sabe derrotar la derrota. Así el epifonema de todo es mi lasitud.

III

AQUÍ abro un paréntesis necesario (... Este pletorismo (?) no se debe á ninguna pedagogía ni aun á la modernísima de Gouyot, con sus teorías de la vida intensiva y extensiva en las que se hace notar el mismo espíritu cuadriculado, limitativo y ominoso (?) de todos

(1) Entiéndase la envidia del *chateau* espléndido, del coto humbroso, de la mujer egregia... es decir, de todo lo que prometa un goce positivo á mi salvajismo languidesciente, no las envidias enfermas de los otros, ante la vanidad, el cientifismo ó la virtud.

los profesores y de todas las pedagogías. El se debe á algunas roturaciones radicales: éxodo del extranjerismo monopolizador y consagrado de algunas supersticiones y de muchas extrañas conveniencias.

De cómo las he practicado voy á hacer una alocución en que imito vuestro modo de hablar.

La fastuosidad de los tipos superiores os atiere de humildad. Borrar esos tipos comparativos, es equilibrar vuestras vacilaciones haciéndoos más fácil la vida.

Y sabido es que esos tipos superiores son la ciencia, la moral, la estética... y comprendiéndoles genéricamente á todos, la hiperbole.

● ● ●

La hiperbole [1] ha sido y es la aberración más contumaz de las que relajan la vida.

---

(1) Digo hiperbole en vez de error, porque éste no es algo completamente negativo, como se suele creer, sino que nace de simples impresiones fisiológicas que llegan á formarle después de ex-

La hiperbole crea la tragedia, la religión, el ideal, la igualdad, el progreso, el platonismo..... á Jesús y á Nietche... La imitación de Cristo por Kempís y la imitación de Napoleón por Lajeneuse..... Las personalidades simbólicas de Emerson, de Carlyle, de Lemercier, del Dante, de Hugo, de Chanfort, de Ibsen, Hauptmann, las personalidades degeneradas de Gouyot y de Max-Nordau...

La hiperbole llena de incomodidad y desvelo el presente y lo esteriliza haciéndole un intervalo de espera que mira al futuro ó se distrae con el pasado...

Muerto el cristianismo bajo tantas pruebas decisivas, eliminado Dios, Julio Simón, Schopenhauer, Proudhon, Comte y Spencer, crean una moral fetichista que se basa en el mismo metaficismo de las religiones.

Tras ellos y para hacer inexpugnable el

---

trañas exageraciones y ensamblajes de otras impresiones y otras falsedades. Sería curioso descubrir la genealogia de la mentira que siempre es pariente en un grado cercano ó distante de una simple verdad.

ideal de que estaban necesitados, aprovechando todo su arte de silogistas y aprovechando los ancestrales resabios religiosos de los espíritus, apoyándose en pequeñas demostraciones físicas plantean la ciencia de lo inconsciente y de lo subconsciente, unos científicamente, como Fleschsing, Ortas, Harmant, Chabaneix y otros, con un misticismo literario como Mallarmé, Rodenbach y Mæterlink, exquisitos sutilizadores que, mezclando sensaciones reales y divagaciones supersticiosas, bajo un aspecto ambíguo, aprovechan la perplejidad de los espíritus indecisos é inconcretos para hacerse aplaudir: arte subrepticio semejante al de los propagadores espiritistas que hacen uso de este mismo estado de transicción y de pasmo público.

Pero la más peligrosa y la más nueva es la hiperbole del yo, porque ella promete hacer palabra en vez dé carnalidad, el personalismo, y lo peor que puede sucederle á una cosa es hacerse palabra.

Esta hiperbole hace decir á Kant—ese

incesto que representa en la historia un *ahilamiento* abrumador del cerebro—: «En el ser existe una real infiniquidad.« Stirner, más tarde, pondera un yo honomástico por excelencia y de una dureza de convicción poco mórbida, poco voluble, poco animal y demasiado geométrica. De tal manera, que él llega á decir: «Soy el propietario de mi poder cuando me sé el único.» Este *me sé* sintetiza la génesis *cerebral* del libro. Su defecto es el que le hace pensar á Pascal que nuestra consciencia nos remonta sobre la naturaleza, lo que hace decir á Gourmont: «El hombre es lo que piensa», y el mismo error que pudo decir con la suficiencia chocarrera con que se ha venido diciendo: «Píenso, luego existo». La erección de mi virilidad hubiera sido el mejor razonamiento, de haber caído en aquel escepticismo incomprensible del que tanto se burlarían los pies de aquellos hombres, si tenían sabañones, y el vientre si tenía destemplanzas. Barrés, en la actualidad, ha escrito prolijamente un antifonal para el culto del yo, un

yo artista y pensador que es un eco *dillettante* parisién y refinado del de Fitche y Stirner. Montaigne, por el contrario, es la hiperbole en el sentido inverso, es la hiperbole de los zapatos y de las necesidades reservadas del yo, sabe á poco y está plagado de creencias y de admiraciones clásicas, tanto que para decir *para que*, cita en griego ó en latín á Terencio y á Horacio.

Aquí, en España, como eco de todos los gritos europeos, reforzando su vesania, ha brotado la hipérbole de la educación, de la regeneración y de la verdad en un tal Unamuno—pariente en mediocridad y en programa de Ganivet—un caso formidable de tumefacción cerebral, de la que surge su *protocolo*, árido, anguloso, calvinista y abrumador...

Por la hipérbole, á los catorce años me hubiese precipitado en el *azur* para dar un beso á la luna y beber en una *Castalia* presentida...

Y hasta cuando más distanciado me creía de ella, me ha sorprendido.

En el cementerio de aldea, oliente á humedad y á madreselvas, entre los epitafios sencillos que evocando á seres muertos en la senectud, prodigaban una sensación de paz y de justeza, la hipérbole había adornado el rincón de los muertos, haciéndole trágico.

Sobre un pedestal de piedra había colocado el símbolo flamígero de la inmortalidad que en aquel rincón solitario y silencioso, entre la evocación de aquellas vidas que cumplieron ejemplarmente su destino —comiendo pan de borona, bebiendo sidra, trabajando hasta el atardecer, bailando en las romerías y engendrando quince hijos y algún bastardo — desquiciaba la concepción sencilla y natural de su vida y de su muerte, iniciando un descontento...

Ese mismo contraste, fomentado por la hipérbole, es el que invierte la sensación natural de la muerte en el espíritu del Duque de Gandía ante el cadáver de Isabel, y lo que con un ansia desmedida de lucro le hace ser San Francisco de Borja...

● ● ●

El *leitmotive* de los actos humanos es la voluptuosidad. Croposk y Offding, en sus *psicologías* experimentales, han dicho algo parecido con muchas indecisiones y muchos reparos.

Yo he llegado á acrisolar la creencia de que son cualitativamente iguales la voluptuosidad del dolor, de la filantropía, de la crueldad, de la compasión, de la ciénaga, del abismo, de las cumbres, de la bondad, de la perversidad..., etc., etc., aunque cuantitativamente se diferencian en que unas, las más buidas y vistosas sólo son posibles al capitalista ó al afortunado, y las otras, al menestral y al ilota...

Estas efusiones de la voluptuosidad las preside (?) en unos y otros el egoísmo, dinamo único de toda volición, ya reconocido, aunque condicionalmente por todos los filósofos modernos. El sólo puede ser la aveniencia positiva de todos. Esto no lo podréis aseverar vosotros, porque en cuanto os he hablado de egoísmo, habéis pensa-

do con vergüenza en las aberraciones del vuestro, al que, urbanos cuando es natural, le llamáis altruísmo, y cuando comete una demasía—muestra enferma del egoísmo—le llamáis por su nombre. La vida social os ha hecho así de innobles (?) con su maligna influencia, fácil de comprobar en el parque zoológico del *Retiro*, observando un momento la jaula de monos: que desposeídos de vuestros revoques, se muestran recelosos, se envidian, riñen constantemente, son hipócritas, *son inferiores, bajo la línea de su animalidad, y, sobre todo...,* (compruébese).

Así la moral, según Bentham, «es la regularización del egoísmo», y Gourmont, en la actualidad, ha repetido ampulosamente y con fueros de originalidad esa observación, diciendo: «la moral es un medio que se obtiene reduciendo por la costumbre las tendencias personales». La moral, según mi parecer, es una ergástula cuyo cancerbero es el fuerte ó el astuto, su sucesor.

La moral osificada como arquetipo en

uno de esos momentos de aparente idoneidad en que, bajo la aquiescencia de la superficie, hay una imposición arrogante, sorda, de particulares conveniencias sobre la debilidad de las mayorías, es lo que ha tomado un carácter inmarcesible y sagrado, estableciendo preferencias y principios innegables. Esa y no otra es su razón de ser, pues bien ha dicho ya Mauclaire que «la naturaleza no revela indicios de preferencia».

En esta situación, la otra moral (la inmoralidad según la clasificación oficial), el otro egoísmo, que aspira á adaptar la costumbre á su voluntad, necesita para conseguirlo hacer sombra á su alrededor, con el mismo régimen defensivo que hace al calamar valerse de su tinta. Eso no quiere decir vileza, sino que no pueden como los otros obrar á la luz porque su existencia es inviolable de ese modo gallardo y regalista.

Sin embargo, no es este móvil francamente egoísta el de toda la moral. En ella hay un aparte religioso y místico, en el que

se motivan inefables inflexiones de la voluptuosidad, cuya fórmula química basta sólo suponer en vez de tomarse el trabajo ímprobo de analizar. Aquí correspondía impugnar las religiones; pero eso sería molesto y lato.

Básteme decir que no hay que combatir las hipótesis de las causas primeras y finales con otras hipótesis, ésta es la inquietud y la equivocación de todos los hombres de ciencia modernos. Hay que impugnarlas en nuestra medida, indirectamente, señalando con minuciosidad la contestura atómica del hombre, la inutilidad y la improcedencia de sus cabriolas y la estupidez de su desvelo por tener un concepto pleno de la creación. Abolidos mis orgullos impertinentes, no me creo en la necesidad de tener una noción exacta de esas cosas.

Sobre todo, hay que persuadirse de que todo lo que se tacha como pecaminoso en el hombre le es natural desde su iniciación en la gelatina amorfa del *bathybius*. Así Amiel—un pobre cristiano, con todos

los temblores del místico, del artista y del hombre desorientado del final del siglo XIX —dijo «la cuestión capital en la religión es la del pecado». Por esto hemos de recalcar, sobre todo, que la constitución apasionada del bajo vientre que, según los cristianos, es producto repentino de un anatema, tiene una entrañable relación con la fisiología general, que no puede soñarse separada de él ni á él separado de ella.

Acostumbrando á los seres á su propia integridad, sobreponiéndoles á las falsedades de los moralistas de la hoja de parra, Willy, Pierre Louis, Hervieu, France, Gourmont y Gorki que da á sus personajes un insólito aspecto viril, no prescinden del sexo en sus modelados quizá convencidos de que es el punto cardinal de sus psicologías.

De esta imposición tradicional de una leyenda y de una hipocresía con que se han solucionado muchas sorpresas desviadas, brotan el sentimiento religioso, la caridad, la esperanza en Dios, la pureza, el ascetis-

mo y, como postre del ayuno que imponen, la confitura alquitarada del Paraíso.

En las construcciones morales se había olvidado el hombre teórico y puritano de algo tan imprescindible y principal como el retrete. Procedía este olvido de la significación metafísica que daban á su asco. No conocieron el libro del Dr. Richet en que se muestra la lógica natural—nada más que natural y fisiológica—del asco. Por esta deficiencia el hombre se ha encontrado en graves aprietos en esos laberintos, y hubiera padecido el tifus y la muerte si no hubiera contravenido la regla ideal de la ética. Sin embargo, lo han hecho tan morigeradamente, con tanta vergüenza y con tanto temor, que la dispepsia ha hecho á sus vidas sórdidas, destempladas, turbias é infestas para ellos mismos...

Esa retención es lo que las ha llenado de inquietud y desgana.

Un creyente, no recuerdo cuál, ha dicho: «el egoísmo personal se opone por sistema natural al bienestar común». Esto, aun siendo cierto, no es una razón, porque el bienes-

tar personal nunca ha debido admitir el bienestar común ni aun como frase; él sólo debe creer en sí mismo, siendo secundario el que prepare ó no el bienestar común.

Además, no es el egoísmo natural el que ataca á veces á la sociedad, es el egoísmo enfermo, exacerbado por vuestras demasías y cuyos caracteres violentos y agresivos no deben ser juzgados sin tener el hambre ó la irritación del hogar que hiede, de la esposa exangüe y trapajosa y de las muchas otras insolvencias que las forjan. Sin embargo, el moralista que hizo aquella diferencia pudo creerse con razón. Puesto en su lugar, no se la niego. Pero lo que no puedo negar es que el egoísmo personal que no estaba, como el suyo, rezagado en lo del bienestar común pensara otra cosa. Así, suponiendo que la electricidad negativa tuviera conciencia de sí, estaría en su derecho llamando á su vez negativa á la que vosotros llamáis positiva. La derrota tiene dos significaciones sin conciliación, pero no una sola, suprema, general, sagrada, como pretenden los victoriosos.

¿A qué conducen estas observaciones? No lo sé ni me importa. No deben corregirse nuestras sinceridades ante el resultado ulterior que pueda desprenderse de su espontaneidad, pudiendo ser sólo su rémora el peligro á que se expongan al realizarse...

Esto quiere decir de paso que debemos resistirnos á los estrambotes del anarquismo, que exagera estúpidamente la rebeldía hasta hacerla esforzada y suicida con el afán contraproducente de reformar el medio cuya resistencia no han comprobado, y con las baldías preocupaciones metafísicas del progreso, del porvenir y de la gloria.

Por esto no me asusta el Apocalipsis que pudieran irrogar mis ideas si tuviese la seguridad de salvarme en su perpetración. De tal manera, que si la consecuencia ideológica de esa sinceridad supusiera la desaparición de la especie, no me asustaría. Para algo sé que las especies son la escrecencia, el *tubérculo* accidental de un planeta de fenomenalidad accidental y sin significación en el empíreco vacío de ella tam-

bién. Palabras éstas, con las que no aspiro á humillaros, porque no hay nada en el mundo por qué humillarse ni enorgullecerse; sólo aspiro á equilibraros, preparando en vosotros una firme sensación de justeza.

● ● ●

La ciencia, el progreso, la civilización con sus modalidades y sus influencias tradicionalistas en que renace la leyenda inalienable de la sangre azul, sobrecoge á los espíritus con una nueva superstición, doblemente temible en estos momentos de alarma en que se promete enfermar á la mujer, el único animal inconcusionado, el más francamente animal, al que quiere conducir á las Academias y á los Ateneos que concluirán por *opilarlas*...

Contra el progreso y la ciencia han reaccionado también Emerson, Grave, Mirbau, Faure y Bakunine...

La ciencia bifurca con un artificio redomado las simples verdades del espíritu, las hace pesadas, platerescas, elípticas, ignomi-

niosas, nemotécnicas, consiguiendo con esa deformación que se extrañen como ante algo desconocido los mismos que las poseën naturales y latentes en el fondo. Ella ha hecho posible el unitarismo y la majestad del cerebro...

Como una especialidad, dentro de la sabiduría está la filosofía, el ejemplo más palmario de esa concusión. En ella se da el caso estupendo de que el hombre esquematizado según una geometría moral, social ó egoísta, el hombre desdoblado mediante lineaciones convencionales llegue á valer más que el hombre en sí mismo y reciba un acatamiento indiscutible.

Muchos de sus inconvenientes quedan especificados al hablar de la moral. Aquí en España, un filósofo, el más venerado, Balmes, ha hecho estadizo un atentado palúdico, silogístico y cristiano contra la individualidad. Su axioma póstumo: «No se nada de nada», se repite en el colegio, en la universidad y en la vida por los viejos, queriendo como Solnes circuncidar á la Juven-

tud y detener su florecimiento. Ese rasgo de sinceridad sólo prueba que un ser que vivió en la abstinencia y fué exclusivamente cerebral, no podía decir otra cosa. De otra manera hubiera dicho como Catulle Mendes, con la misma exquisita plenitud de quien lo sabe todo: «Al fin y al cabo, cuando se ha vivido tanto como yo, la muerte no tiene importancia». Para esclarecer también la vacuidad de ese filósofo, citaré unas palabras que Mauricio Barrés escribió en *Un amateur d'ames:* «El secreto de su impotencia está en que todo lo examinan desde el punto de vista de la eternidad.»

En la sabiduría hay un aparte de aparato y curiosidad que, sin tener importancia ninguna, ha tomado también un valor hipotético del que viven todos asombrados—me refiero, especialmente, á las máquinas—sencillos juegos con que el hombre aprovecha las fuerzas y las propiedades de la naturaleza con fatuidad de creador.

● ● ●

La estética, como la moral y como la

sabiduría, es también una imposición convencional y tradicionalista de ciertos cabalismos (?).

En un principio el símbolo es todo el arte, pero poco á poco el símbolo toma caracteres propios, abstractos y se deslabona de la realidad que lo inspiró, llegando á sobreponerse á ella misma y dando lugar indirectamente á la estética, y aunque sea incomprensible á un profesorado y á particulares estudios *serios;* menos mal que ha sugerido también enervadoras *poses,* gratos extasis, exuberancias, entusiasmos, embriagueces y lascivias.

Mirando las obras de arte sacrílegamente, sin acatamiento, pierden esa belleza trascendental y aparatosa que se las da, y se muestran como sencillas yuxtaposiciones, entrelazamientos y jugueteos de las formas de la naturaleza, agenas á ese desmedrado alcance que se las impone en la copia, pues que ellas mismas—el modelo—son simples fermentaciones, arborescencias y *eventualidades* de un pedazo de nebulosa, equilibra-

do y desapercibido en el espacio. A más de que esos florecimientos, ese aspecto de la naturaleza sin significación eximia, de tenerla, había de ser *latente* y cualitativa, pero no formal, ya que de ninguna manera ideológica.

La estética no es un error inofensivo, sino un señuelo que ha hecho prevaricar por sugestión á todos los espíritus. El hombre, como el perro de la fábula de La Fontaine (fábula sin su debida inmoraleja) siendo demasiado esteta en vez de instintivo, deslíe su vida en una interminable contemplación en que le obsesiona el modo con que se proyecta en la estética, y así, atento á ese significado de él mismo, ajeno á sí—como el perro del apólogo pierde su cedazo sin deglutirlo, distraído por el que se espejea en el lago—él hace infructuosa su vida atento á su representación en la mirada de los de los demás, graduada según cualquier estética—artística, científica ó moral—siendo así estérilmente su consideración ó su repudio...

Con la estética los dueños han repujado su sibaritismo; pero esto, que es un amable refinamiento para ellos, hace sufrir á los que lo toman en serio: al místico, al neófito y, sobre todo, en una acepción especial, hace más avieso y más incómodo el jergón remendado del miserable lacerando su intimidad. El pobre hombre, no pudiendo permitirse ciertos lujos, no pudiendo tener la paciencia suficiente para ser genio—esa paciencia que recomendaba Flaubert á Maupassant en épocas de desaliento, diciéndole: «has olvidado que, según el mismo Chatobriand, la grandeza intelectual no es sino una larga paciencia»—al proyectarse sobre la estética la moral y la sabiduría—éstas le devuelven como veraz representación de él mismo una figura grotesca y lamentable que le sobrecoge de esquivez, de humildad y de arrepentimientos...

Con lo dicho se ve si es importante (??) desvirtuar la agresión autoritaria de la estéica que, olvidando los relativismos que la forman, olvidando que su valor depende en

mí como en todos de la acepción personal que evoca ó á que se adapta, aspira á estatuirse como una verdad absoluta.

Sólo podríamos admitir una estética compendiada en tres tomos: uno de higiene, otro de gastronomía y un tercero de aclimatación.

● ● ●

Como creaciones epicenas del egoismo, de la moral, de la estética, de la ciencia y de un embrollado elemento consuetudinario, han aparecido los héroes y los grandes hombres. Fenómenos evidentes y livianos de *rarefacción*. En ellos toman esas abstracciones (llamémoslas así aunque sepamos sus integrantes específicos) un aspecto imponente y fetichista.

Aunque ya han sido comprendidos en las negaciones anteriores, en sus casos particulares, la negación toma formas y direcciones excepcionales.

Los de más sonoridad son los héroes. Al hablar de ellos, he de descubrir condi-

ciones genéricas, que corresponden también á los demás grandes hombres (?).

El héroe nace uncido á la idea de autoridad: y la idea de autoridad «*el sacrosanto principio innato*» (según los juristas y los etiólogos) nació en los seres bajo la primera amenaza del fuerte. Sería curioso (?) recomponer su génesis—su idea infusa, según vosotros.—Analizándola de este modo, se vería en unos como prefijo etimológico la plástica figura del ama de cría y los pellizcos hipócritas con que acalla en el niño la avidez que la estenúa; en otros, las disciplinas del dómine, ó el palo del guarda forestal cuando—aun sin sentido moral—saltaron la primera tapia por la primera manzana, y en algunos niños acomodados, que presintieron la autoridad algo tarde, el aspecto temible de los policías; pero en ninguno la ciencia pura de los infolios, perifrasis del sable que lo minia y lo adamasquina cada vez con un arte más complicado.

El héroe es en el niño imprecavido una palabra que, pronunciada entre corruptoras

admiraciones por papa, es indudable. Más tarde, cuando ya ha soñado con *Pentagruel* y *Lesbos*, aplaude al héroe que le sugiere la idea de una glotoneria conjurada. Y ya en este punto influye de diferente manera sobre los hombres.

Lo de menos en la fama de los héroes es su silueta histórica. El resultado social del héroe (como el de los grandes hombres) es ajeno á su nombre, á los arabescos, á las elipses ideológicas y á esos caprichos de Kaleidoscopo, formados de imágenes, contraimágenes, refracciones, polarizaciones, etcétera, etc., medios todos con que se ha bastardeado á través de la historia un hecho natural y egoista.

El héroe inicia en los seres con su apariencia pletórica y pungente un estado semejante y reflejo que prepara en el público linífícos derrames internos. Pero, por el contrario, en algunos otros actúa esa *superstición* de un modo deslumbrante y anulador, que al anularles, les insensibiliza.

La psicología de los heroes guerreros

es enteramente fisiológica. Unos—los conquistadores—encontraron un grato espasmo en sus demasías faranduleras ó en sus misticismos, obrando sobre sí de un modo auto-sugestivo. Y es que acostubrado el espíritu á una ortodosia—no importa cuál—siempre que obra bajo su auspicio se cree *con derecho á la satisfacción*. Así es comparable la tesitura de ánimo de San Francisco Javier predicando á los indígenas, del papa escribiendo sus encíclicas; de Taxil, escribiendo sus libelos, y de Rabachol, preparando su atentado.

Otros héroes, los que dirigieron á los pueblos en la revindicación de sus intereses—los héroes de las independencias—les movió en su arrojo una esperanza de virreinato y de botín, ó quizá soñaron como Pelayo al dar un carácter religioso á su leyenda, en la Arcadia complaciente de la bien aventuranza.

La veneración que les rindieron sus contemporáneos es un grito de satisfacción ó de esperanza, articulado complicadamente

á la manera de un logogrifo que pergeña un laudo é invoca un nombre. ¿Hay nada menos espontaneo, más dependiente y más convencional que el nombre de los logogrifos, en el que todas las letras no le pertenecen y no son realmente suyas? Pues así de insustancial, así de ajeno al héroe es ese nombre que veneran todos y en el que aquel tienen la candidez de creerse señalado.

Prosigue á esta admiración contemporanea, la veneración abigarrada y religiosa de la posteridad en la que hay también un motivo egoista, pues aunque ya pasaron las ambiciones pristinas y con ellas los aplausos más sonoros, sírve ahora la imposición del héroe para anular en los peligros sociales al individuo y para ayudar á reducirle en tiempo de paz.

Hablando con más sinceridad los héroes nos pueden ser amables y aborrecibles según nos figuremos ellos mismos, hartos, voluntariosos, exacerbadamente egoistas; ó las pobres gentes movilizadas, á las que pusie-

ron en peligro violando la sencillez y el sosiego de sus vidas, los pequeños héroes que fueron su pedestal anónimo—, un vasto pedestal hecho de cadáveres.

Es necesario evitar esta agorera alternativa, siempre posible, y el único medio de equilibrio y de tranquilidad es la cobardía; sabia cualidad de que debemos ufanarnos. La cobardía significa firmeza de carácter y plenitud personal. En la naturaleza el espíritu de conservación requiere la cobardía. Por eso todos los animales huyen cuando tienen la clarividencia del peligro, y si á veces no lo hacen, es porque tienen la desgracia de no conocer el *rifle.*

Sin emdargo, no confudáis la cobardía con el miedo; éste es una de sus enfermedades en sentido inverso, así como lo es en otro sentido la misma valentía. La cobardía tiene su valor propio; y firme, densificada; conservadora, en el momento excepcional de la ofensa directa—no la ofensa quisquillosa del honor—reacciona con una seguridad desconocida de vuestra valentía, cu-

yos móviles cerebrales, dialécticos y sistemáticos no son de todos, ya que hasta en los adalides son á veces flojos. La cobardía proscribiría con su sobriedad, el modo homicida y teatral de aventurarse.

El día en que todos se saneen, es decir, se abandonen á sí mismos, se posean, su cobardía enseñará á sus vidas un principio insustituible de estabilidad.

En la cobardía de los seres fío la paz (?) universal. Y el desprendimiento (?) la equidad (?) y el bien estar (?) espero que sean concesiones de la cobardía, no del altruismo, ni de esa bondad seráfica de quien se espera.

Sucederá que el día del excepticismo y del aprovechamiento ofensivo del *radium* ó del *ultra-radium*, la amenaza hipotética, terrible y eventual del individuo, comprometiera tan ineludiblemente toda cobardía, que este alto y armonizable sentimiento humano, sin la quebradiza consistencia de la beatitud dadivosa que inspiraba los antiguos armisticios, dará á su concordia una permanencia inaudita.

Esto tardará, pero podría suceder mañana. Bastaría para ello un momento de positivo individualismo mundial, en que todo se desquiciará y aprendiera cada cual la dureza y el peligro de los otros.

He aquí que, ejemplarizado por los metafísicos, he hecho también mi fantasía sobre el porvenir, ¿sobre el porvenir? No. Esto ha sido sólo un destendimiento del presente dentro de su disco, ese disco que forma la serpiente mordiéndose la cola, y en el que la antigüedad, queriendo representar el infinito representó el presente, del que todos los tiempos son una concomitancia.

● ● ●

Como he dicho antes, el gran hombre (literato, pensador ó científico) se asemeja al héroe entrañablemente, pero su egoismo se desdobla de manera más sedentaria y más apetitosa. El resultado de sus placeres solitarios hecho lineación, ha sido también objeto de muchas anulaciones. Básteme re-

cordar la correspondencia de Bettinna Brentano, los raptos humildosos de las aflictivas Memorias académicas ó el hemistiquio corcovado—ripio de todos los sonetos laudatorios—en el que el poeta confiesa no poseer el estro de los hombres célebres...

Reaccionando contra su férula, hace ya algún tiempo—, en mi época de transición, cuando aun daba gritos—defendí en unas conferencias sobre la moral, lo que sintetizado en dos palabras, llamé de una manera torpe «el latido amorfo», defensa de la vida tal cual sea en sí, sin necesidad de adaptarse á ningún troquel ideal...

Algunos grandes hombres se han preparado un histérico derroche de sí mismos, dándose un espectáculo ó suscitando en sí á propósito de los demás espléndidas cordialidades...

Al hacer esto cumplieron su derecho (?); pero al querer hacerlo trascendental, se equivocaron. Refuerzan esta opinión las aclamaciones de la turbamulta ó de la *elite*: comprender al gran hombre, es tener las

propias unidades de placer y dolor, que conformadas y estofadas de superflua manera, forman la contextura elemental y afín de sus obras. Su poder es sólo de evocación.

Ellos, creyendo otra cosa, se han puesto en situación de ser vilipendiados. Así en las obras del romanticismo en que se ponderaba un alto amor sin mácula en que el autor reproducía su ídeal, el público perpetró siempre un adulterio, pues á la vez que el protagonista, suplantándole, *siendo y no siendo el mismo*, había quien abrazaba á su Julieta ó á su Dafnis, y la hacía suya. Así el Dante, pintando á su Beatriz, Byron á María, Espronceda á Teresa, arrojan su enamorada á las turbas, haciendo de ellas Frinés dadivosas.

No obstante, el público, por cortesía ó por cortumbre, repite supersticiosamente sus nombres y les adjudica su impresión y su parte. Eso es suficiente para que ellos sigan creyendo en la transfusión y en que inmortalizan honorablemente á sus amadas en el

relicario de su corazón, cuando lo que sucede es que continúan reproduciéndose mujeres en el Universo, y hay hombres que las desean y las añoran.

En muchos es el gran hombre, esa combinación de letras de que he hablado á propósito de los héroes, y que se forman por incidencia en un logogrifo, cuyo verso es el espíritu del lector, pero no del inmortal, que lo intitula;y en las mayorías es una prosternación sistemática promovida por la fé en la autoridad de los tejuelos, de la tradición, de las estanterías y por el temor á los calificativos de la estética.

• • •

La realidad travestida de todas estas maneras, suplantada por su representación en distintos temperamentos, llega á ser por influjo de la costumbre algo convencional y en un todo ajeno á su rústica imperturbabilidad y á su mudez, originando el espíritu crítico. Nada más desorganizador y mordente.

El ejemplo contorsionado, febriciente y

llorición de *Rousseau,* de *Musset,* de *Kant,* de *Amiel,* de *Tomás de Aquino,* de *Loyola* y de *Teresa de Jesús* en sus respectivas confesiones confidenciales, ahuyenta y anonada...

Así atosigado al figurármelo en vuestros espíritus, queriendo evitar, si es posible, vuestro ulular, por la reciprocidad dolorosa (?) con que á veces me importuna (?), he transcrito abreviada parte de la ecuación de que me serví para dilucidar la socarronería agiotista de esas obsesiones.

Y aquí una larga advertencia: Yo no rechazo por completo á la sabiduría—en todas las acepciones combatidas—. Ella puede curar á la especie de los mismos estragos que ocasiona. Todas las complicaciones, á través de las que se pervirtió el espíritu humano pueden orientarse hacia la naturalidad de que se desviaron, aunque esto será muy difícil de hacer, pues todas las falsías de nuestro alrededor *son síntesis,* directa de mil novecientos ocho años, é indirecta de otros muchos. *Síntesis abreviadí-*

sima de influencias, integrantes, sumandos, complicaciones, que se perdieron y se olvidaron, pero son la genealogía explicativa del heredero.

Así, dando un rodeo, seréis humanos. La cosa más sencilla va á ser trabajosa y ardua.

El cerebro órgano estratégico en el que la materia organizada fijó su instinto de conservación, nació con una predisposición morbosa á degenerar: *su libertad*, esa cualidad de que tanto se han ufanado todos. Ella les sirvió para dispersarse rebasando sus límites.

En el cerebro la naturaleza ensayó (?) la síntesis de aquellos medios de defensa que están más repartidos en los otros animales, las garras del león, sus incisivos, su elasticidad y su grandeza en el salto; las púas del puerco espín, su facilidad de enrollarse; el paves del cocodrilo, sus hipocresías de reclamo, sus largas mandíbulas... etc., etc... Pero aun siendo el producto de una selección cíclica, sucedió con él lo que con los

régimenes demasiado centralistas y unitarios, hechos para evitar infirmezas, contradicciones, rémoras y camarillas, que fácilmente degeneran en una tiranía arbitraria. Este es su caso, hecho para armonizar las necesidades de la fisiología *general*, no debiendo tener otra personalidad que esa representativa, se ha considerado independiente y absoluto, créese hecho para conocer, para adivinar y para orar, populariza el *noscete ipsum*, toma un carácter inexorable la razón pura, y se precipitan todos en la especulación por la especulación...

Estos absurdos, estas circunvoluciones sin objeto, me han servido para volver á mí mismo. Esto es para lo único que puede servir la ciencia, para hacer algo así como analfabetos é incivilizados.

De aquí que me sorprenda la importancia que la dan todos, y esa suntuosidad hiperbólica con que la pretenden hacer hasta superior á mí á quien ha devuelto lo que malversó. Yo no la hubiera necesitado para tornar de no haberme perdido,

por lo que si de algo es digna es de un litigio, no de una veneración.

Dicho esto, cierro el paréntesis dentro del que he hablado con el empaque atiesado de un profesor dando extremadas razones con un cargante tono maldiciente.)

IV

HASTA aquí el carácter concreto de mi autobiografía ha sido demasiado abstracto. Este es el resultado de no poder mostrar mi sensación de vivir con el laconismo de una onomatopeya ó de un gesto.

Ahora voy á hablar de las influencias del medio.

El medio sugiere alrededor de mi silueta estable, una segunda silueta que podría representar por una línea de puntos evocadora de las vibraciones de mi sensibilidad y de mi vida...

Entre las anulaciones de la personalidad, entre los deslumbramientos y las sugestiones como *llave* que los comprende á

todos, y como invernadero que los prepara ésta, la ciudad. Con esto no digo que sea saturniana ni culpable. Ella entenebrece y recarga la vida; no necesitaría decir más para precisar su influjo, pues ya son sabidas las variaciones enfermas, el livor, *la dulzura* y la anquilosis que impone la penumbra á la flora que crece bajo su auspicio.

Habituados á la significación y al agobio de sus símbolos, de sus monumentos y del engranaje de sus convencionalismos, se ha formado en los seres, fiera, ineludible, contundente, una credulidad compuesta por todas esas mistificaciones denunciadas (?) que tiene otro aspecto distinto al que he estudiado (?) al escribir sobre la estética, la moral y la ciencia.

Ese elemento bambalinesco, teatral y abortado, que es toda la ciudad, su greguería se impone sobre el ciudadano, se personaliza y le estrecha de deberes, de respetos y de aficiones...

Por esto es prudente otear desde la cum-

bre á la ciudad, que así la coacción de su cercanía la evitará la perspectiva.

En mi esa recia trama de pequeñas preocupaciones y de rutinas que espesan el ambiente ciudadano han perdido su consistencia, sonora, politécnica y coercítiva ante la inocencia *emoliente* de mi filosofía (?).

En París ó en otra gran población de bambalinas vagorosas y fantásticas, bajo el trueno de su importancia, transido por su espíritu, me hubiera anegado en su artificio.

Quizá la cosmópolis no permita un pensamiento evasivo y rebelde...

La ciudad explica muchas cosas difíciles. En la ciudad y sólo en la ciudad, opresos en ella, desviados de sí, sin un criterio campesino con que contrastar sus alucinaciones, se comprende á M. Phocas, D'Anuncio, Demailly, Barrés, Beyle, Hoffmann y á tantos otros...

Ella justifica la plaga pavorosa (?) de la tuberculosis, el tanto por ciento de las estadísticas, al muñidor y sus intrigas, y entre otras muchas aberraciones que ya señalaré

al hablar de Madrid, la perversa invención del vestido, hipocresía calculadora, amostazada y procaz, que llega á ser la ufanía de algún gobernador pervertido que manda encelar los descotes...

Pero, sobre todo, la ciudad con su reticencia cuotidiana, ha hecho posible el que algunos *adjetivos* arbitrarios, como prójimo, propiedad inmueble, amor, filantropía, sociabilidad, etc., etc., hayan tomado en los seres una consistencia *sustantiva.*

● ● ●

Y voy á hablar de Madrid. No descriptivamente, porque esto sería un objetivismo y una distracción imperdonables (?). Además, Madrid no influye en mí con sus gárgolas, con sus cresterías... y, en general, con su decoración. Ni es tampoco su carácter el que le adjudican las geografías ó los planos.

Sin ser un provinciano, mi impresión de la ciudad es una sorpresa violenta. Es verdad que soy un salvaje. Yo no podría hablar de ella con vuestra familiaridad. Su

ambiente es ajeno á mi vida íntima é incoercible (?).

He aquí cómo divaga mi extrañeza mirando á su alrededor. He aquí escritas con veleidad y desgana aquellas sensaciones que hace ya tiempo tachonó de olvido mi transigencia.

En la capital existe, ante todo, animándola con su chocarrería y su tumulto, un algo indistinto, abigarrado y protéico, formado por la costumbre y las gentes. Este *Charivari* especioso es pintoresco. Pintoresco sin filosofía ni moraleja.

Todas estas gentes que de manera instantánea me distraen un momento son incongruentes, procuran hablar con dignidad, hacen graciosos repulgos á muchas cosas y olvidándose de que son una esporádica fermentación de la naturaleza, tienen hasta ideas puras. Apoltronados en su fe, cuando después de pensar que el sábado lo confesarán, se atreven á sacar la cabeza de su conformidad dispuestos á dudar, les desconciertan como una prueba de la divinidad

humana todas las chucherías inescrutables todas las superfluidades decorativas que recaman su madriguera y que ya son algo consustancial á ellos mismos.

En mi visión de ellos y sus cosas, toman un aspecto contorsionado é *impresionista*.

Alrededor de su silueta natural, como nimbándolos, se me muestra dislocado y epiceno un raro grafito estravagante y aparatoso. Sucede que la dirección en que se han fenomenalizado fuerza el trazo elemental de su rusticidad y crea un contorno nuevo y anguloso á su figura.

De esta manera, su espectáculo es el de unas carnestolendas interminables, en las que sus mismas elegías son un cuadro más del carnaval.

Así se mezclan en una zarabanda estrafalaria gritos y muecas: los sombreros emplumados y enflorecidos, las preseas, la fatuidad y los afeites de tales ó cuales señoras (marquesas, jefas de negociado ó simplemente cursis)... La ortopedia invisible que denota la coquetería amanerada y exó-

tica de las señoritas... La mitra, el báculo, la capa pluvial y la carátula de ciertos hombres que, seguramente, por broma se visten así... El sombrero de copa, las condecoraciones, las adusteces, las calvas, las luengas barbas y todos los prestigios de los reverendos señores magníficos... Las jerigonzas del excéntrico, las redundancias y los embelesos del melómano, los rigorismos y la mímica del hipomaniaco, las fastuosidades del foliculario, el gesto del D. Lindo Barbitas, el solo de flauta del D. Melifluo y todas las fantochadas de Guiñol hechas en serio por tantos otros...

En contra de lo que parecerá, mi modo de ver no es caricaturista. La caricatura da demasiada importancia á los que la motivan, demostrando impersonalidad y dependencia. Bajo su bufonería aparente, se puede considerar en las obras de Goya, Gavarni, Rops, Willett... la seriedad con que tomaron la vida sus autores: Goya, en sus ironías; Gavarni, en su crítica de las costumbres, Rops, en sus escabrosidades, y

Willet, en sus ilustraciones funambulescas del *Chat-noir* y del *Cabaretier Salis*, dieron una consistencia agresiva, cruel y cristiana al placer, la misma que inspira al Arcipreste de Hita *Don Carnaval y Doña Cuaresma*, á Miguel Angel los frescos de la Capilla Sixtina, á Baudelaire *Los pequeños poemas* y *Las flores del mal*, pues aunqne se puedan diferenciar en jesuítas ateos ó deístas, en el fondo de todos, el mismo moralista plantea su homilía.

Mi modo de ver tampoco es despreciativo, no por que el desprecio sea despreciable, sino porque es molesto. Mi extrañeza ante el *maquillage* característico y la consigna de que todos son forzados, es homogenea á la que sugieren esos cuadros de *David Teniers*, en que los *monos* travestidos, enseñan, esculpen y fuman con afectación, y su factura se asemeja en ingenuidad y desenfado á los *tíos* con que los pilluelos parodian vuestra importancia sobre el enjalbegado de los muros.

Mas en especial, existen en la ciudad

nuevas curiosidades. Hay unos señores peripuestos, que son jueces, académicos y profesores. La vida sedentaria y la vida social les justifica (?).

Los académicos son fuegos fatuos que trascienden á cadáver, á los 36 cadáveres que duermen olvidados el último sueño en el Real panteón de la Academia.

Los jueces y los profesores son variaciones enjoyeladas y complicadísimas de las primitivas armas de silex que se conservan en las vitrinas de los museos. Ellos dan un objeto á la vida social y la apuntalan infundiendoos su astuta ortodoxia.

A su vera hay unos prohombrillos (?) que halagan al público con el conjuro de sus palabras. De entre su garrulería sólo voy á citar los que son una clarinada distinta y estrepitosa.

Olvido á los respetados (?) y á los indiscutibles (??) por que me hacen el efecto de no tener personalidad. El plebiscito unánime que les admite, les ha defraudado. El pedestal en ellos ha suplantado al busto. Ya

son *ager publicus*. Y es difícil distinguir su silueta arrollada por las de los demás.

De este desdoro ya se resienten un tanto los prohombrillos.

Por ésto, sobre unos y otros, está este amigo que puede hacerlo mal (?), pero que tiene juventud, brío y un íntimo personalismo, debido á que nadie le escucha. Esta es la literatura: disparate, trampolín, albur, fuego, bagatela... La literatura de los viejos ya no es literatura, es sólo reconstitución de la verdadera literatura (?) de la juventud. Reconstitución perfecta porque les favorece en su arte la perspectiva con qué ya se les muestra todo; pero labor pequeña, secundaria, inferior, si se os alcanza el horror de esa perfección y de ese punto estratégico que domina el panorama. La lógica y la experiencia orfebrerista de esos literatos, esa literatura cerebral, es un miserable y frío residuo de juventud. Así las viejas *celestinas* conservan en la lengua un arte exquisito de convicción, que sabe interpretar en la sensibilidad del que pasa la rapsodia enloque-

cedora que le apresa. ¿Pero vale su perfección de reclamo, su sadismo *expresivo*, lo que sus apasionamientos de *hetairas* y su sadismo *palpitantede ayer?...*

Este papel de sugeridores es el que les queda; por esto no puedo siluetarles. No tienen la personalidad del inedito ó del original más valedadera, más espiritosa y más íntima cuanto más se contrasta contra la de los otros.

Así también el derrotado en el aislamiento, de su hogar entra como nunca en posesión de sí mismo. Es el único envidiable en la literatura.

Los otros viejos, los especuladores, que quieren imponerse hablando de su mucho trabajo y que señalan sus estanterías repletas como merecimiento respetable no saben que una de nuestras clarividencias reasume y sobrepasa toda su obra de trabajo.

Esos prohombrillos, se llaman Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Trigo, Martínez Sierra, Rueda, etc., etc.

Azorín, es una edición en octavo menor,

de la obra en folio de Anatole France, en cuya traducción libre ha incluído algo de su espíritu y del espíritu castellano; con un arte apelmazado de notario con una meticulosidad consistente, árida é impersonal, hace el inventariado del paisaje, de las cosas y de los gestos.

Pío Baroja, acentúa esta afición á la objetividad y á la descripción. Sus obras influenciadas por las aguas fuertes de su hermano Ricardo, son sombrías, desdibujadas, están llenas de diálogos triviales (?) son desquiciadas, y, sobre todo, están *hechas porque sí.* Aunque no niego el derecho á escribir así, considero molesto leer estas voluntariedades de interés sólo para el autor.

Valle-Inclán, que ha abusado del corazón —ese desmayo de la sensualidad intelectualizada—quiere(?) revindicarse á última hora con sus deliquios d' anuncianos de crueldad y de fiereza, que si en el breñal son emocionantes y pintorescos, en el trasunto son monótonos y contrahechos...

Felipe Trigo, que abusa del ...erotismo público, parece escribir sus novelas (?) en marcadas épocas de celo—un grotesco celo senil.

Martínez Sierra, empalaga á almíbar, y los discreteos de sus enamorados hacen suponer la tortura de un insomnio para estofar y sutilizar cada una de sus frases.

Salvador Rueda, es un abigarrado muestrario de percalinas de color; parece un rey *azteca* colgado de abalorios ó una burguesa en domingo alfombrada y peripuesta. Todos sus pensamientos son vulgares, de una vulgaridad que recargada de la purpurina y de las resonancias de sus adjetivos, es mil veces más vulgar.

A una especie más prolífica pertenecen los profesionales; su solo apelativo es inquietante. El profesional de las letras es un trasgo de cabeza abultada, según las proporciones de la «*Remington*» que encierra. Daudet, en *El hombre de los sesos de oro*, ha hablado con cierta veracidad de estos hombres de sesos de *cobre*, pero como eran su

género próximo y como creía en la literatura (de la que hizo un confortable *chalet*), dió á esa enfermedad un carácter egregio y digno de sufrirse, que no tiene. Los profesionales son vulgares galeotes de sí mismos sobre los que debe ser un ideal el simple amanuense, y lo más espantable de su existencia es el pavoroso *priapismo* que sufren.

● ● ●

Hay también bibliotecas abarrotadas donde se ha hecho estadiza la epidemia. Todos sus libros apestan á creencias, á populachería, á severidad, á corazón, á metafísica, á proxenitismo, á tópicos y á estilo. Todos están plagados de dogmatismos, que insinúan una fe paralizadora, ó prometen descoyuntarnos con la aplicación de su geometría pura.

Así existen catalogados como estudios superiores: «Pedagogías», «Éticas», «Derechos civiles y penales», «Preceptivas», y, hasta para colmo de la estupefacción, *Derechos canónicos.*

Con mis ideas, ya apuntadas, sobre las tergiversaciones del cerebro, he negado estos volúmenes. Aquello es bastante. Las largas controversias que creen merecer antes de ser eliminados, son una cortesía á que les han acostumbrado los espíritus dubitantes y humildosos, consintiéndoles que pasasen á la segunda premisa.

No obstante este descreimiento yo me he de amoldar á toda la falsedad convencional de esas materias. Estoy sentenciado á soportar las ciento tantas lecciones de los programas. Así no me contradigo. Esta manera de aceptar es diferente á la de la fe, y su única razón es la razón suprema de los rendimientos, de la simulación y del crimen: que el instinto de conservacion la requiere.

En particular, como centro de corrupción intelectual existe el Ateneo. Al hablar así, no maldigo esta corrupción, que más inofensiva que las otras carece de importancia y de responsabilidad. Además, el hombre es dueño de pervertirse.

En el Ateneo hay una biblioteca; lares

de cierta juventud, cuyo secreto de alambique patentiza. En ella preparado por el énfasis de todos los libros, aparece—más simpático desde luego que el de los hombres serios—, uno especial y barragán que, con apariencias de apoteosis, cumple en la intimidad del espíritu una anulación.

La cacharrería es una dependencia de la biblioteca, es como su salida de humos. En ella es sorprendente la variedad de expresiones, desde la del señor iniciado que mira oblicuamente á través de sus lentes, hasta el recogimiento ahinojado de los turiferarios, pero sobrepasa toda sorpresa la diversidad engallada de la greguería. Hay frases apostólicas, estrambotes, paradojas, y, sobre todo, profusas ironías de mil especies. Esta es la nota aguda que desentona más. La ironía ataca á la sensibilidad por el desprecio, la dureza y la intransigencia que envuelve bajo su hipocresía amable y decidora: quiere parecer frívola y despreocupada, cuando en el fondo es belicosa y hepática, y hace doblemente angustiosa su

angustia junto al contraste de una sonrisa.

Solo he encontrado en la vida un humorismo aceptable—aun sobre los propios humorismos molestos á que me veo obligado— El de un *pobre diablo*, compañero de oficina. Su instinto de conservación ha tomado ese aspecto fortuíto. Sino, con cinco mil reales y familia se hubiese suicidado...



En la capital hay también museos. Habría que oirme pronunciar esta palabra para entender que no me inmolo en aras de una admiración detonante como vosotros que dais al *juguete* augustas proporciones de *icono*.

En el museo se conserva la obra de gentes (?) que practicaron la bagatela como Velázquez, Murillo, Cano, el Greco, Zurbarán y tantos otros de nombres más difíciles.

Respondiendo á esta importancia fanfarrona y sobrenatural que se les da en este preciso momento, se publica un libro de Guardiola sobre *La importancia social del*

arte, se traduce á Taine, á Albert y un valetudinario intelectual, Cossío, acaba de escribir dos tomos sobre el Greco, respetuosos y alucinantes, que ensordecen con la polifonia de sus adjetivos. Así, los tópicos estallantes del públíco como los otros tópicos más insoportables (?) del intelectual me son incomprensibles, en mi firme creencía de que la importancia única, intrascribible del cuadro me pertenece en absoluto.

Como lugares de bagatela, también hay coliseos. La fábula que en ellos se representa es lo de menos. Mientras la representen mujeres y sea un apropósito para que salgan de su estuche las brillantes figulinas de los plateas, será estimable, aunque el crítico tamice, á través de sus gafas ó de su ideal de puridad y renovación, las flaquezas de la obra.

● ● ●

Hay colegios, universidades, oficinas, todas instituciones tediosas, plúmbeas; chamizos de la rutina y de la extenuación.

Repentinamente, camino del campo, yendo á galvanizarme bajo el almo recogimiento de la naturaleza, me han sobresaltado unos gritos desgarrados y sedientos, que jugaban paradógicamente á libertarse en el eco lejano de unos desmontes. Ante su tragedia sarcástica he logrado recordar con dificultad que existía la cárcel...

También á veces, vagabundeando por las calles, caen sobre mí escabrosas, gemebundas, redundantes unas campanadas. Su monosílabo metálico balbuce una ideología depredadora, salmodia un sórdido «Morir habemos» ó me fuerzan con la idea estéril del tiempo. Ante ellas he recordado estupefacto que existen iglesias.

Y hasta hay quien tiene una sencilla corona de cartón, que abruma como la de un *saha* la ingenua cabeza de los republicanos.

La capital además es una porción de cosas indistintas y de mutaciones ráudas...

Es el efecto particular de tal ó cual calle, es el Bar predilecto, el reloj de la Puerta

del Sol, el escaparate de Fe, es la apoteosis eléctrica, cortesana del anochecer, es el tintinear de un tranvía, la batahola que promueve un simón, la afanosa respiración que se anuncia, que progresa, que nos distrae y que se pierde de un automóvil, la sugestión de un grupo que nos hace creer que ha pasado algo, cuando en realidad no ha sucedido nada, el cuadro de casa de Amaré, la colección de objetos bonitos de una tienda de caprichos, que las hace exhalar *á ellas un* «¡si yo tuviera dinero!» mientras apuntan sus predilecciones.

Es un murmullo que brota de todos los sitios, es el silencio de unas horas y la bullanguería de otras, es el siseo que brota en ciertos portales, el *pizzicato* de la guitarra del ciego y la voz canalla del organillo, es la lamentación de un desarrapado, es la diablesa que se nos muestra desnuda sin que lo pueda evitar la policía ni el público honrrado que runrunea á su paso, es un ocaso sucio al final de ciertas calles, la impertinencia de un repartidor de prospectos, la

nota llamativa de los reclamos, el escaparate de *Kaulak,* los gritos de los vendedores de periódicos que articulan así la queja desgarrada y bárbara de su hambre, el achulado estribillo de moda, es el enguirnaldado de los balcones y la animación de las aceras en el itinerario de la corte, del entierro histórico y de la procesión, es...........
....

● ● ●

Lo dicho sobre la moral, sobre la ciencia, la estética y la ciudad falsea mi estado actual de espíritu. Las rebeldías de esas opiniones son antiguas inquietudes, y sus asombros son infantiles destemplanzas ya cauterizadas.

Pero como era necesario animar este libro, he provocado la retractibilidad de mi espíritu, para poder tener ideas determinanadas sobre ciertas cosas, reproduciendo de nuevo la operación que olvidé, cuando hubo acrisolado mi laxitud y mi descerebración. Aquella intransigencia primeriza se ha

transformado en esta tolerancia presente libre de esas tenues reacciones.

La intransigencia es un esfuerzo penoso. Debemos transigir con todo, porque esa es la mejor manera de anularlo. Así resulta que con esos pensameintos incoherentes de revolucionario, fuí mucho más devoto y más fanático que el creyente.

El baroncito que aplaude á Grilo y que ha colocado en el testero de un mueble inglés, perfectamente encuadernados los libros clásicos, el estudiante aprovechado, el discreto, todos ellos respetando y admitiendo la eminencia de ciertos nombres, de ciertos libros y de tales bellezas, son más iconoclastas, más epicúricos y más nihilistas que yo, por muy sencillamente que los haya eliminado. Todos supieron sortear con su admiración el peligro, la importancia y la enemistad de la ciencia.

En aquel entonces me les imaginaba como profesando hostilmente sus ideas, refiriéndoles así la sensación que ellos provocaban en mí. No sabía aún que la vida bajo

todas sus apariencias, es un *ritornello* voluptuoso. Atendía demasiado á la actitud formal de sus opiniones. Y no adiviné que, al querer perfeccionarlos, les iba á dislocar, pues sus ideas se habían conformado según su naturaleza, y no su naturaleza según sus ideas.

Su fe, al admitirlas como buenas, las había *quimificado* sabiamente. (Fijarse bien en este subrayado). Su estómago había sabido *quimificar* la idea de Dios, la del deber, la de la autoridad, etc., etc. Supersticiones que yo estúpidamente me había hecho indigestas. (En los circos, bajo la autoridad del magnetizador, el sugestionado se come sin asco el jabón).

Todos han establecido sus voluptuosidades en su camastro, en su cama imperial, en la compasión que merecen, en su inercia de esclavos, en su renuncia, en su dolor, en sus utopias, en su avaricia, en su largueza... y en cualquiera que sea la característica de sus vidas.

Hoy comprendo á esos hombres que es-

críben con prolijidad, su literatura les da dinero: comprendo á los que enloquecen aplaudiendo, pues que en el fondo tienen la seguridad—seguridad solapada—de aplaudir su apoteosis. Y he llegado á darme cuenta de que en algunos seres sus humores—al igual de lo que les sucede á ciertos enfermos—les ayudan á vivir hasta el punto de que les mataríamos sajando sus infartos.

Otro error de entonces fué el de creer que el veneno de algunos otros les debía envenenar á ellos mismos, cuando en las alimañas el veneno es su razón de ser, su salud y su ambrosía. Ahora comprendo también que se indignen creyéndose calumniados cuando les llamais venenosos, y que recíprocamente os insulten de ese modo.

Con estas adivinaciones póstumas y considerando que no hay ningún principio absoluto que proscriba la injusticia, está explicada mi quietud y mi tolerancia. La idea de la injusticia es consecuencia de la importancia que han dado los civilizados á las

demasías criminales entenebreciéndolas y haciéndolas desmedradas y vagorosas. El crimen mismo es una bagatela, y no conviene olvidar que el antropófago se come á su hermano frívolamente.

• • •

Hoy me he aclimatado. Adaptándome, no en atención á las razones sesudas é insoportables de Spencer, sino á sinrazones perentorias y circunstanciales. Esta adaptación me ha impuesto una conformación especial, bajo la que no pierde mi naturaleza su virtualidad que se conserva idéntica bajo las distintas maneras que tiene de funcionar y combustionarse. De la misma manera el topo pierde los ojos, porque la obscuridad del medio en que vive lo requiere así; pero la sensibilidad no se paraliza por eso, y se acentúa en el tacto y en el olfato, manifestándose por esos medios. Así yo, dándome cuenta de lo que hay de inconmovible y fatal á mi alrededor, me he desprendido de lo innecesario poniéndome en con-

diciones de saciar mi naturaleza á través de cualquier sinuosidad. No pudiendo cumplir mi destino de la manera dinámica que reclama mi rusticidad y á la que estaban predispuestos mis órganos, he de madurar sedentariamente de una manera estática.

Esto requiere un subjetivismo más refinado, en cuyo fondo y de manera complicada esos dinamismos se desdoblen. De aquí muchas exóticas morbideces que voy á especificar: morbideces flácidas, perdularias, morbosamente buenas, lánguidas, blanduzcas, afiligranadas, dulzonas y exquisitas. Morbideces *andróginas*, que son para el espíritu lo que esas otras morbideces que podeis ver en las fotografías de los heterosexuales desviados. Son el aditamento del civilizado, que voy ha descubrir acallando las interrogaciónes del inadaptado, que serían necesarias junto á cada palabra.



En la capital tengo yo mi despacho. Él es confortable y sugeridor. Mi *dilettantis-*

mo, romántico, naturalista, parnasiano y diabólico de ayer, ó sea el desequilibrio anterior á esta equilibrada ecuanimidad seminatural y socarrona, ha coleccionado los libros de los plúteos, compró un velón en el Rastro, un águila subversiva de escayola dorada, y curiosidades místicas en las ferias. Mis inquietudes del comienzo de la adolescencia y de la pubertad lo han animado de Venus clásicas, de blondas cabezas languidecientes y de sentimentales *paneaux* femenínos, en que el mismo sexo encantador se espiritualiza bajo un gesto característico.

Con intermitencia he clavado en sus paredes, en diferentes etapas de fervor los retratos de Víctor Hugo, de Verlaine, de Ibsen y de Voltaire. Era entonces superticioso y creía aún en esos íngenuos. Hoy me considero autor de todos los libros que he leído. aun de los malos en que he descubierto todo el mal gusto, todos los pruritos de que soy susceptible y todas las combinaciones que se pueden hacer con la baraja de las palabras y de los artificios. Los que no he leído—su-

poniendo que existan—son mis acepciones inéditas. Eso que otros llaman su autor, se me presenta como un mero *amanuense*, como un cubiculario cuyo valor es liviano, deleznable y mecánico.

Hay un almanaque que se eterniza en una fecha, hasta que una casualidad desprende sus hojas secas.

Bajo un fanal, un reloj que no anda (¿comprendeis la estolidez de un reloj?), y en un soporte una colección de periódicos provincianos en que he escrito (¿yo?) artículos políticos y literarios, llenos de erratas, de *spleen* y de un horroroso espiritu social tocado de sentido común.

De los cajones de mi mesa de ministro sale un apestoso tufillo á ranciedad, á tópicos y á indecisiones que brota de mis cuartillas pretéritas torturadas y respetuosas; últimos rastros del guillotinado, sus postreras estafas. Sobre ella hay un Napoleón I, en bronce, á quien hice en otro tiempo mi maestro de energía, y está mi tintero guardando en su fondo la crisálida de todas las

desfachateces y de todas las fachendosidades...

Pero sobre todas sus cosas, hay en mi despacho una *otomana.* Si no hubiera escrito en la portada como lema la frase dë Gautier (¿de Gautier ó mía?) dijera que esto ya importa algo ¿algo?... Aunque llegueis á pensar que es obra de un carpintero y de un tapicero en colaboración, ella es el exclusivo resultado de mi filosofía y el término amable de mis desvelos. Sólo en gracia á mis morbideces y á mi descerebración mi otomana es cariciosa y suprema. Es un mueble único; ensalmado, que si bien se vende con frecuencia por los mueblistas, siempre es incompleta, pues le faltan esas morbideces imprescindibles y muelles que ha de tener el que se tienda en ellas.

Sin embargo, algunos seres sagaces y sibaritas, los menos desviados—que los exaltados llaman filisteos y burgueses—han adivinado la molicie de la otomana. Ellos y ellas no evitan la oportunidad de decir: «No crea usted que yo soy como los otros... Yo

defiendo el progreso... Tengo ideas liberales... Creo que el desgracíado sufre y...»

Tate—he pensado al oirles—, estas gentes han cambiado el incómodo *sofá regencia* por una otomana. que, aunque imperfecta, aun es un verdadero progreso en su *confort.*

La lucha por la otomana es toda la lucha social. Así ha sucedido, que aquellos foragidos que en la Historia acaparan el poder en nombre de la libertad, se duermen ó se enervan demasiado en la otomana regia, cuya blandura es sortilegio de imprudentes sueños desmedidos que casi todos pagan trágícamente. Por esto, las modernas otomanas palaciegas se han perfeccionado, adquiriendo la seguridad de un mueble inglés. Es una mejora debida á la tolerancia, nuevo adminículo que ha hecho necesario el mal resultado de las otras.

Mi otomana ha forjado mis ideas políticas, que puedo resumir en una *frase—programa* «conservación y perfeccionamiento de la *otomana*».

Además para comprender que mis ideas hayan podido tener toda su ponderación, es imprescindible (?) mencionar el ambiente de paz en que se han formado. Este termómetro que marca en el invierno 16 grados, y que en el verano, transportado al puerto de mar, señala 20—, y este yantar que tres veces al día me refrigera cumplidamente.

Con esto no asevero las opiniones exageradas *del* Fuerbach, que ha dicho: *«el hombre es lo que come»*, ni tampoco las que asienta Tolstoi en «Lo comedores de carne», á quienes achaca violencias hiperbólicas, sin suponer que su atonía y su languidez mística se deban á que es vegetariano.

V



ODA mi vida no está encerrada en mi despacho ni en mi éxtasis. El éxtasis descerebrado es un perfecto antídoto contra las severidades y la degeneración del medio, me pletoriza íntimamente y es un medio artificial, aunque el único, de reintegrarme á mi naturalidad.

Sobre este éxtasis hermético se proyectan ténuemente ciertas influencias, y á veces lo traspasan, pues aunque yo no crea que hayamos nacido para algo trascendental y mucho menos para la sociabilidad, aunque crea que no ofendemos ni halagamos ningún principio venerable desapareciendo ó quedándonos, evolucionando ó retrocediendo, sin embargo, vivo entre vosotros, y como mi naturaleza siente necesidades expansivas que no puede cumplir en su acepción natural, he de desdoblarme según vuestras pequeñas acepciones y he de aprovechar sus idiosincracias aunque ellas abusen de mi maleabilidad.

Por esto, sometiéndome á raros subterfugios. sobreponiéndome á mi credulidad, creo vagamente en el corazón, en el alma, en el amor, en el altruísmo y en los demás, á veces con verdadera fe, porqne es la única manera con que puedo conseguir que no receléis y me brindéis vuestros halagos. Asi es que no os extrañe que hable sentimentalmente como lo pudiera hacer un

poeta. Mi voluptuosidad se ha acostumbrado á responder y á conmoverse según ciertas asociaciones de ideas (?) ó de palabras (?). Esto sucede al hombre con sus apellidos, la rutina llega á hacer de su agregado sin sentido algo consustancial.

En mi adaptación no hay un descontento. Mi felicidad se formula concluyente bajo esas apariencias. Ella es sencilla y asequible, pues para poseerla sólo he necesitado ser suficientemente plebeyo (?)—plebeyo en una acepción señorial.

Hoy se inicia en los espíritus una humildad anticristiana que es á la vez una soberanía, aunque una soberanía sin prosopopeya. Así esclama Atkis: «Si la felicidad de este día de trabajo fuera todo lo que la vida puede ofrecer, quedaría muy satisfecho con ella». Laforgue, Regnier y Mistral lucen una sencillez rustica. La pintura se solaza pintando interiores, la música se hace también íntima, tibia, subjetiva con Chopín, Schumann, y un Martínez Sierra sin precedentes, publica *La casa de la primavera.*

Nace llena de una serenidad insólita la novela de la burguesía, encantando ya en 1891 á Verlaine y se santifica la dulzura íntima de la lámpara eclipsada en otro tiempo por exóticas fulgencias de similor.

En este concepto yo he tenido momentos supremos, exultantes de una plenitud y una hilaridad sin (?) más allá. Su cadencia ha sido pianísima, de aquí su densidad. La pobre alegría detonante de la carcajada es una anulación que no se os adentra hasta la quintaesencia como esta fruición poseída de sí que hay quien confunde con cierta seriedad inane y engolada.

He aquí algunas de esas morbideces cuya exégesis complicada y molesta pasa por alto mi escepticismo.

Todas ellas son variados apropósitos *supersticiosos* que inician una misma sensación espasmódica.

Dueño de la vida, la utilizo como á un refinado manicuro.

(—No seas fátuo—oigo que dicen los humildes—, y ten cuidado con la vida, no te aplaste.

—Sí. Tendré cuidado. Pero si me derrota, es el manicuro mecánico el que lo hace, no esa superior entidad á la que en la caída besáis la cenefa del manto)

● ● ●

En las bibliotecas he gozado de una laxitud ideal. Su silencio, su vetusto aroma, su soledad son todo su encanto. Los libros en ellas son lo de menos. Así me son inolvidables todas esas bibliotecas que he recorrido: las de los Ateneos, las de las Diputaciones, los archivos y, sobre todas, esas bibliotecas de los casinos de provincia en que hay un bibliotecario con un gorro de astracán y con una monomania, y en las que sólo alguna vez entra un socio á leer el *Blanco y Negro* ó la *Ilustración*.

Dejándome ir entre las turbas, anónimo, reservado, unas veces borracho del exquisito *absintio* de la melancolia y otras de la amable manzanilla del contento...

Cansándome en una larga caminata á través de mis campos, sentado en el mojón amigo de tal ó cual paraje, con un libro en

el regazo hasta que el lampadario prendido en el plafón azul de mi hogar se apaga en el ocaso... En los conciertos, donde la música prepara excepcionalmente el éxtasis descerebrado perfecto... En el parque cortesano, en tarde de Domingo, ó en ese paseo urbanizado y delicioso—que nombra todas las vísperas junto al programa de la charanga el diario local—y que es el mismo en todas las provincias españolas. Viendo pasar y volver á pasar las burguesitas madrileñas, que parecen provincianas, ó las señoritas de la localidad colorinistas, sonrientes y con una cordial animación que es en todas la confidencia plena de su espíritu, me he sentido invadido de esa gloria humilde.

En uno de esos momentos he forjado mi ideal (el de mi oportunismo). Visión seráfica, como la de una pintura de Correggio; en el dintel del porvenir aurelada por el rosicler de una nueva era venturosa, me sonríe una de esas burguesitas aportando en su delantal como ofrenda de arras una bra-

zada de rosas de otoño. Es un ideal al que no pido demasiado. Me basta la apacible promesa que desgrana Barbarine en el oído de Ulric en la comedia de Musset.

Estas aclaraciones sobre la mujer destruyen un prejuicio por el que se me consideraba su enemigo. La estimo de la manera más ajena al espíritu que algunas se han permitido el lujo de adjudicarse y á su propio egoismo. No creo en esa condición definitiva y suprema que las da la estética, puesto que es un hecho natural el que nos hace estimable su estructura. Bien dijo Voltaire: «Lo bello para el sapo será su hembra». Junto á ellas ó ante su evocación siento á veces una sensacional *afinidad de morbideces.*

Tomándolas de esta manera simplicísima, no comprendo á Werter, á Larra ni á Musset, que tanto gimió á sus pies, y puesto en la situación de Rolla, en vez de suicidarme me hubiera dormido junto á María, cuidando antes de quitarme las botas...

Esta sensación tiene extrañas maneras

de suscitarse á través de ciertas aberraciones, de las que son registros estos nombres que recuerdo ahora con grandes pausas sugeridoras, lumínicas, recamadas... Lilhit... Noris, Marquesas de Babia y de Sade... Margot... Tais... Risoit... Salomé... Brunilda... Melisande... Inés... Caperuza Roja... Elsa... Margarita Maupín... Armancia... Mesalina... Gioconda... Virgen María... La Hermética... Pinson... Aspasia... Colombina... Astartea...

Los sueños son una morbidez más de mi espíritu. Los seres íntegros y salvajes no sueñan. Después de una labor cumplida y de un desfogamiento natural, no se necesita de ellos. Sólo la sensibilidad desazonada en la privación, maquina ese refrigerio. Por esto de que son distintivo del hombre sedentario todos los días, cuando á las siete suena el picaporte de mi alcoba, al conjuro de la abracadabra que vocea mi cocinera, me desconcierta una bancarrota desproporcionada, que si no trae consígo la turba proterva de los judíos, tiene bastante con mi

aflicción de acreedor y de arruinado.

La nostalgia es otra manera artificiosa y emocional de cumplimentarme. Bajo su influjo la sensibilidad simula como sonambulescamente los estados de ánimo que adivina y se regala con espiritosas albricias de ellos mismos. Así yo he tenido la nostalgia de todos los caracteres. Todas modulaciones en *do*, en *re*, en *mí*, etc., de mis virtualidades entrañables. Quizás por esto en el fondo es una realización más que una nostalgia.

He aquí inconexamente algunas de ellas:

● ● ●

Yo he tenido la nostalgia de Mr. Bergeret, y en ella he disfrutado una miraculosa *bonhomie*...=La nostalgia de la panza oronda, munlficente y rapsódica de este señor, que miro en el *Bar* tomarse dos beefsteak y cinco dobles, que otro día desde el asiento de un mixto que ha estado esperando á que cruzara, asoma en la ventanilla de un *Slee-*

ping, fumando un águila imperial, y después de otros muchos encuentros le reconozco en cualquier provincia, bajo la apariencia de un rico *americano* ó de un rentista paseándose, convencido del origen sagrado de la propiedad, sobre un caballo de raza...

Sentado junto á la camilla en los gabinetes burgueses, me he enervado en la quietud casera, resignada, de estas existencias desfallecidas y catalépticas, y paladeando ese algo capitoso, blando y sensual que rezuma su atmósfera, he perdido la cabeza como en un delirio erótico en que nos galvaniza el placer...

La oficina me ofrece muchas nostalgias. El día en que entré por primera vez en su habitáculo, me pareció arrumbar en la región de las sombras. Me consideré embarcado en las negras aguas del *Leteo*, en cuyo paraje sórdido y fatal, habría de transcurrir mi vida escuchando interminablemente el tic-tac del reloj, chapoteo deplorable de los remos de Caron, bogando hacia el *espoliarium*, de los que se dejaron vencer sin

resistencia. Era yo entonces mi enemigo, y mi rebeldía no había adquirido aun su filosofía afrodisiaca y emoliente. Aquello pasó; ahora es el *Leteo* como una ría, mansa, encantadora, y me desvanezco como en el nirvana, en la nostalgia de las vidas gachonas, morigeradas é íntimas de estos compañeros de sotabanco; González, Garcías, Martínez... sobre todo la de este Martínez, que se expresa siempre *sottovoce*, y, que encogido, corcobado, seboso, recorre cachazudamente largos corredores, sube, baja, y va por doquier con el eterno expediente bajo el brazo y la eterna colilla en la boca, gozando siempre con beatitud, de la molicie acolchonada de su resignación—resignación sibarita que es en el fondo una envidiable saciedad...

....

En Castilla ha tenido también otras muchas nostalgias. La del D. Praxedes cetrino y enjuto que tiene 2.000 fanegas 14 pares de mulas y vegeta mansamente con un galgo por sombra, junto á una hija inex-

presiva que se enmustiece y amarillea, y un hijo mozo que dirige ya las faenas.....; hasta la del pegujalero que despues del trabajo del día juega á las cartas, próximo á la tibia bendición de la *trebede* entre el perfume del mosto que rezuma el caserón; ó uniendose á la ronda vocea en coro tan desaforadamente como puede, permitiendose ese placer envidiable, fermentador, sublime, supremo, al que anatematizó el intelectualismo displicente y almizclado de Amiel...

De mis tiempos de colegial conservo una nostalgia que bien pudiera ser un ideal práctico de vida: la nostalgia del jusuita. Como yo siempre he sido *el castigado*, despues de mis clases, al anochecer, casí todos los días, serpeaba por los claustros en busca de la celda número tantos. El silencio, la obscuridad de los corredores, el sigiloso desmadejar del tiempo en los relojes de caja, fomentaban una emoción gangosa y somnolente... Un golpecito y entraba en la celda esterada de plei-

ta, su ambiente era capitoso. El eucologio abierto, evocando la visión de una Citerea, cuyos barruntos son el secreto encanto de todos sus cuentos y la promesa que hace soportables, y hasta arrebatadoras, todas sus jaculatorias; las vírgenes, delicadas, enflorecidas, y *exquisitas* de sus estampas francesas, de sus *coloquios*, de sus *ofrecimientos* y de sus *gozos*. El bisbiseo femenino, incitante, encelado del jesuíta, eran nuevas seducciones refinadas...

La lubrificante frivolidad que adquiría allí el tiempo, no la he percibido en ninguna parte.

La lascivia, perdiendo las barraganadas groseras del bigardo de las leyendas populares, sublimábase en una sensación extremada y pianísima sin sanción en el decálogo (Sensación que puede fomentar el onamismo sin ninguna otra circunstancia que la de su beatitud y su arrobo...)

Encantado en las iglesias los días de solemnidad mirando á las niñas de primera comunión bajando del estrado un poco pá-

lidas, un poco ojerosas bajo su muselina, con un ensueño enflorecido, lilial, hímnico, pueril, voluptuoso, que sólo volverá á apasionarlas con su vértigo imponderable la noche del epitalámio...

En la afrodisia de esos ambientes me he desmayado en una embriaguez como de *éter* ó de *atchis*. Frotándome en espíritu, como un gato de angora, contra todas esas sedosidades y esas blanduras, he sentido toda la deleitosa voluptuosidad de la caricia...

....

A más de éstas, otras muchas cosas—*profundas remembranzas* y *profundas tragedias* — se vuelven nostalgias y delectaciones..., el silbido lejano de un tren que parte, las luces que se encienden en los hogares al atardecer, todas las vidas al pasar. (No os enorgullézcais por esto. En verdad, no tenéis parte en esta nostalgia que os asimila, atendiendo sólo á mi molicie y á mi sibaritismo. Ella como la del antropófago, sólo busca desconsideradamente vues-

tra mejor tajada). El ramo de azahar y las flores disecadas, que como recuerdo del epitalámio y de la tumba de Musset en el cementerio del *Paire Lechaise,* como estelas de un viaje efímero al paraíso y de una excursión á París en 1880, guarda mi padre en sus cajones, el anillo de alianza en la mano demacrada del viejecito, el bastón sin borlas de ese anciano que fué político en la Restauración, y cuyo patriotismo lo patentiza la roseta de su solapa; la litera empavonada, cuya madamita de alabastro se rompió en el pasado, y que hoy reposa sin objeto en el portalón de las casas grandes las cruces que con fervorosas alabanzas en el esmalte se herrumbran en el *Rastro*; entre el *pout pourri* de unos clavos viejos, la peineta sin púas de una madroñera, unos botones de miliciano, un *binóculo,* una miniatura y un bordado, las mujeres de Puvis de Chavannes, Coillot, Van-Beers, Whistler y las reinas, las princesas, las archiduquesas... de Mengs, Nattier, Van-Loo, Fragonard y Wateau, que parecen sobre su miri-

ñaque lindos bustos sobre un *bufete*, en el que es inverosímil el equilibrio del remate inverosímil de su talle...

Las mujeres de los *clichés* de *Les Modes* y *Le Theatre*, de una hermosura enigmática, *flirteadora*, mundana, de reinas que fueran *coupletistas* ó modelos...

Pero sobre todas las nostalgias hay una mirrina y melancólica que no me abandona, la nostalgia de Asturias, de su encanto hiperbóreo, nemoroso, calino; de sus romerías, de sus ingénuas, de su olor á madreselvas, de su mar, de la policromia del ocaso—radiósa hora de apoteosis en que la hermosa turquesa del Cantábrico se demuda y se tornasola con magnificencia—y de la gaita la Deidad suprema de Asturias, en la que al morir se abisma como en *Zeus* toda la mansa dulzura de aquellos espíritus campesinos.

● ● ●

De estas maneras *traslaticias* libo mi propio sésamo, ya que separado de mi fau-

ñesa y de mis humbrías, no puedo hacerlo de otro modo.

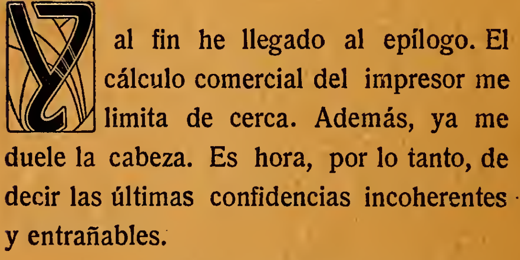
Este es el secreto de mi literatura, que me permite violar los encantos y la intimidad de las vidas, es decir, que me permite violarme á mí mismo, desflorando en mí algo dispuesto al efecto. Así, después de la modulación íntima con que me apodero de ellos ó de mí mismo, alargo mis placeres solitarios, los refuerzo con el plectro de las palabras (articulaciones complicadas de dos gritos indistintos que da el hombre al nacer uno de satisfacción y el otro de dolor).

Así lo hago todo *levadura* de mis nervios que ya no sueñan como ayer con los histerismos del Barrio Latíno, del libidinoso, del santo y del revolucionario. No obstante, en las épocas de celo ó de inquietud, me abato en una indignación ó en un amor, con ansias de briosidad, de *tourismo* y de embriaguez. Debido á esto, me falsearía quien viera en mi estética y mi filosofía de esos

momentos algo atendible. Colett Willy ha descubierto la cifra de estas unciones, ella ha dicho en una biografía sobre su esposo, refiriéndose al bélico entusiasmo con que él quiso imponer á Wagner: «El esfuerzo sólo le apasionaba, no el resultado».

En verdad, este es el móvil de todas las crepitaciones, desde la del taurómaca á la del olímpico.

VI



Y al fin he llegado al epílogo. El cálculo comercial del impresor me limita de cerca. Además, ya me duele la cabeza. Es hora, por lo tanto, de decir las últimas confidencias incoherentes y entrañables.

Con este libro no he pensado fundar mi filosofía, y si llega á ser letra de la *carmañola* que crepite en algún espíritu juvenil, no debe agradecérseme.

Ninguno de sus pensamientos está concebido para gritarse, ni con ningún fin social. Sus rebeldías, sus sacudimientos, sus

negaciones, la molestia de sus análisis, tienen el único mérito de haber hecho posible mi frugalidad y mi sencillez. Esa sencillez, que se contenta con su anónimo, con diez céntimos de *griguelot* ó de castañas, y que se siente satisfecha viajando sin trepidación en un asiento de cinematógrafo, ó viéndose disparatar, conmoverse y vivir en la escena.

No obstante el es excepcionalmente social. Solo aburguesando—con mi burguesismo reconcentrado—las hambiciones y el espíritu del ploletariado se le habrá puesto decisivamente en condiciones de heguemonia y de apogeo. Solo entonces tendran una certera fuerza sus impulsividades hasta hoy derrochadas y preteridas por las democracias los anarquismos y el desinteres.

Para conocer su transcendencia (?), tendríais que presentir la fruición suprema con que me froto las manos y sonrío en la soledad como un dios, con que digo ante todo, sobrepuesto é inciensado, *está bien*, y con

que á veces suspendo mi vida en las volutas de mi cigarro, llegando á no ser cerebralmente más que la azulosa veta que se desmadeja en el aire...

Sin embargo, el objeto de este libro, al hacerse público, cs el de salvarme de opinar. Negada en principio la premisa mayor de que proceden todas vuestras discusiones, estará explicado el que yo no me mezcle en vuestras quisicosas con ese impersonalismo que ponéis en todas. Consideradas por mí vuestras prosopopeyas como medios, y no como fines, pierden su cándido valor absoluto.

No busco con él al prosélito, ese esclavo que, según Paúl Adam, buscáis todos. Me carga como una señal fehaciente de esclavitud el «no soy comprendido». Mis profanaciones sólo las podrían aceptar los profanos, los que saben decir sabia y fieramente: «Me da la gana», «A mí, qué», «Porque si», supremas intuiciones de las que mi obra es una paráfrasis que enmustiece su frescura y su espontaneidad, y éstos no la en-

tenderán ni lo necesitan. Su salud es natural, con una naturalidad diferente á la mía, que es producto de todo un tratado de teurapéutica. Para comprenderme, necesitarían haber estado enfermos de filosofía y de arte.

Los otros, los que la entiendan, poseen clasificado é irrefragable su sistema filosófico con suficientes razones para cancelar cualquier otro. Esto no es una queja. Yo que os he negado, he de aceptar vuestra negación, tanto más si ella os reconforta. A más de que la misma afirmación, tendría, naturalmente, para mí, carácter negativo por muy urbanizada é hipócrita que se me ofreciera.

Él es propicio á toda improvisación, en la que todos vuestros tópicos serán oportunos, y la historia entera, con sn prestigio digno de todas las interjecciones, se os presta como preciosa cita sin réplica, á cuyo término, como estríbillo lapidario, podréis alegar «el sentimiento común» y la «opinión de todos». Es una crítica que me

tienta. Fijamente sería de un lucimiento insólito.

Aparentemente ofrece muchas contradicciones, y con un poco de ingenio se le podría hacer su propia réplica. Sin embargo, estas contradicciones (?) complementan su veracidad, pues hablando en la obra de dos maneras, como inadaptado y como adaptado, mi lenguaje es unas veces el de quien lo ha negado todo, y otras el del que admite muchas cosas... Si hubiera cumplido mi ideal en estas cuartillas, su simetría sería perfecta. Esto es lo que han hecho en sus obras todos los pensadores. Yo por el contrario, ni he querido hacer totales y definitivos estados parciales de espíriru. Así declaro que ignoro mi autobiografía de mañana. En mí se agazapan todas las posibilidades; la del criminal, la del gobernador, la del facineroso, la del petardista, la del título pontificio, la del obscuro Pérez y la del pseudónimo períclito... Cualquiera de ellas no perjudicará las verdades estables y capitales de esta autobiografía, y todas serán

variaciones de esa línea de puntos que inviste de una silueta circunstancial el helenismo indeleble de mi silueta íntima...

El haber aprendido á leer y á hablar; el haber estudiado doctrina cristiana desde los siete ños; el haber creído alguna vez en la ínmortalidad, en el infinito (?) y en el amor; el llevar viviendo en la ciudad diez y nueve años; el haber leído declamatoriamente á los quince años á Becquer, á Heine y á Víctor Hugo...; todo esto ha sido un esfuerzo del cerebro que lo ha precipitado fuera de su órbita, lesionándole con una enfermedad que se puede llamar *«hernia intelectual»*. Los ejemplos de mi alrededor; el haberlo escuchado todo sin prevención; el espectáculo idéntico, crónico, cuotidiano de la vida social, son también mixtificaciones que me han impuesto esta hibridez y esta trasverberación irreductible, que se nota en mi obra, en la que hay aún demasiadas supersticiones y demasiados rutinarismos, sobre los que es vano esfuerzo querer sacar la cabeza.

De aquí esta flaqueza, este liberalismo tibio con que opino á veces, resignándome á no decir más que un poco de verdad, y de aquí el que indefectiblemente me peine la raya al lado izquierdo.

A estos influjos superticiosos del medio, se debe el empleo en el proceso de mi obra, de los pronombres indeterminados, del artículo—, con todas sus declinaciones, números y formas—de ciertos pronombres neutros, demostrativos, posesivos, de ciertos adjetivos encomiásticos, y, sobre todo' de la garrafal superstición que me ha hecho conjugar el verbo y declinar el pronombre fuera de la primera persona del singular de los presentes de indicativo...

Con todos estos inconvenientes he dicho mi verdad, porque presiento que la rebeldía ha de aprovechar su instante de crisis, de adivinación y de virginidad, en vez de esperar á repujarse en el porvenir. La rebeldía no puede ser más que balbuciente, embrollada y transitoria; pues deja de ser genuína y sinceramente tal; cuando se en-

cauza y se aviene á cualquier crêdo sea conservador ó ácrata—; momento en que deja de estar desnuda de esta manera con que yo me escorzo en el libro, para vestir un uniforme, aunque éste no sea más que la prenda interior y ligera del *descamisado*. El programa, la sistematización de los rebeldes es ya una circunspección, mística, dubitante, y artificial.

Así el salvaje que en el «*Emilio*» imagina el Rouseau maduro y burgués, es un salvaje, cronométrico y cristiano; es decir, es un civilizado.

● ● ●

... En este momento me doy cuenta de que bobaliconamente estáis sonriendo con una malicia que se ha hecho vieja en el trascurso de esta proyección, pues desde las primeras páginas barruntasteis la secreta ridiculez de mis independencias y de mi superioridad. Tarde, pero al fin he observado ese recelo. Asi como no rectifico vuestras opiniones sobre mis zapatos, en los que ha-

béis encontrado algunas grietas comprometedoras (por esto no colocaré al final fe de erratas) esa opinión que me cree obsesionado por la idea de la posteridad y de la gloria, merece (?) rectificarse, aunque sin decir que las desprecio, porque esta sería una muestra de despecho que delataría en mí al pretendiente desairado.

Hace ya mucho tiempo me atreví á pensar, cara á cara, en la posteridad, y miré irrespetuosamente al señor enlutado, que para mí la encarnaba á los diez y seis años, leyendo, con solemne actitud unas cuartillas encomiásticas y fidelísimas ante mi mausuleo. Entonces descubrí un engañoso simulacro. Aquel caballero trascendental era yo mismo; yo, con una levita irreprochable y con un sombrero de copa, al que había puesto una gasa de riguroso luto; yo, que valiéndome del arte de los ventrílocuos y siendo al mismo tiempo magnetizador y *medium*, refería al fantasma mí espíritu y mis palabras. Aquella sorpresa me hizo sonreir.

El cómo me disuadí también de la fe en la inmortalídad, es algo más complicado.

La inmortalidad es una superstición tan sugestiva que ha llegado á engañar al escepticismo del ser más íntegro dei siglo XX de Anatole France. Ella es un sueño que nace de un hecho sencillo, pero ambiguo.

El hombre *no se puede* comprender muerto; es decir, inconsciënte y exánime de una manera absoluta y real. Sólo paralizado por la muerte podría formar ese concepto, y entonces es imposible toda reflexión sin suponer correlativamente vida general, combinaciones químicas, actuación orgánica.

Sin embargo, todos creen poseer esa idea imposible. ¿A qué obedece esta paradoja? Sencillamente á que lo que imaginan es la vida misma en una acepción, somnolenta y pintural, en que se les representa su cadáver (?) sin otro parecido con la muerte que el de su palidez y su rígida continencia teatral.

De esta concepción viciosa de la muerte procede la idea de la inmortalidad, ilu-

sión del espíritu, que al no poder comprenderse muerto sino dormido, piensa ingenuamente en los láuros, en los amores y en la orquestación de su fama, como cosas que halagan su sensibilidad *á través de un sueño* ó de una anestesia parcial.

Además, no pudiendo hacer inmortales, la sensación de mi juventud, mis sensaciones de entre sábanas y otras minúsculas (?) emociones privadas, no siendo el libro en que las pudiera encerrar más que un cabalismo y un esquema inane, sin sus palpitaciones, sin su carnalidad y sín su íntimo sentido actual, sabiendo que somos intrasferibles, y que lo que queda de nosotros no es nuestro sino de los que nos preceden, cuyos devaneos y cuya animación es la realidad futura de la obra, la inmortalidad carece para mi de significado.

Por lo visto, no es esta la carantoña vulgar de los que abusan del menosprecio refiriéndose á ella, aleccionados por los Don Juanes, que se jactan de atraer á sus amantes á fuerza de malos tratos.

• • •

Y ahora, después de estas últimas observaciones, vuelta al silencio manso, cerúleo, bienquisto, en que me congratulo de todo y en el que las mismas palabras, discretas é imprescindibles, que á veces tengo que decir suenan á silencio, sin romper la magia de mi éxtasis...

Todo á mi alrededor seguirá imperecederamente lo mismo. Se seguirán escribiendo rápidas en las revistas juveniles, los periodistas no llegarán á comprender que la hecatombe no tiene filosofía y todos los días inducirán su moraleja de la actualidad. En las revistas serias y antañonas se seguirán escribiendo doctos artículos sobre la moral y sobre la libertad, se indagarán cuáles fueron las creencias religiosas de los primitivos *octamitas*, se exhumará el gorro de dormir de Kant, y se publicará después de haberse anunciado en diez números consecutivos, una nota en que la esposa de Montaigne había tomado la cuenta de la ropa

blanca del «gran hombre». Se seguirán escribiendo octavas reales, no se amortizarán las plazas de académicos y de catedráticos, habrá nuevos centenarios, Pérez Galdós, Benavente, Blasco Ibáñez, Picón, Rueda... seguirán escribiendo sus novelas—. ¿Comprendeis el impersonalismo de un largo catálogo?—, y continuarán siendo los eminentísimos. Los boquiabiertos, los estudiantes modelos, desapercibidos de sí mismos, seguirán haciéndose creyentes en las Universidades, en los Institutos y en los Colegios, el Ministerio fiscal seguirá anatematizando el crimen y pronunciando todos los tópicos prestigiosos del misoneismo cristiano, Bonafoux seguirá escribiendo sus putañerías, Felipe Pérez y González sus revistas cómicas (?), habrá novenas concurridísimas, se seguirán construyendo templos, y el día de su inauguración como vilipendio y crítica incontrastable de su fastuosidad se arrastrarán hasta sus aledaños los mendigos de siempre, cenceños, astrosos, lamentables; en los cafés, en la cacharrería y en los gru-

pos de la Puerta del Sol se harán perdurablemente frases, y los señores sociables tendrán dispuesto al día siguiente del estreno ó de la publicación notable un juicio crítico de la obra demostrando su impersonalidad y su inconsistencia con su discurso—, sea favorable ó adverso—. El burócrata seguirá aumentando sus años de servicios. (¿Es imaginable su sorpresa ante mi opinión, de que todo es sincrónico? ¿Qué sería de él sin los derechos que le concede el *pasado* y que le promete el porvenir? ¿Cómo va á dejar de creer en esos dos tiempos?: estas mismas preguntas muestran la razón actual de estómago que crea esas dos quimeras trascendentales; el político seguirá hablando con afectación, sin que nadie le escuche, y la vida diaria con sus escándalos, sus crímenes pasionales, la diversidad de sus acaecimientos nos permitirá una amable distracción frívola, al movilizar sobre el tablero todas las figuras de ajedrez, diezmadas en los accidentes del juego y del apasionamiento...............................

Yo mismo seguiré yendo todos los días por la mañana á la cátedra donde sentiré la incertidumbre de la nota, me asombraré ante el espectáculo tonante, ingenuo de los personajes del Greco, resucitados con todas sus videncias milenarias; por la tarde, siguiendo el mismo camino de todos los días, iré á la oficina. Allí seguiré fumando pipas, escribiendo comunicaciones y oyendo hablar como *El País*, del crimen de ayer y de la política de hoy. De vez en vez, daré unas cuantas vueltas por el desván, me asomaré al panorama ingente de los tejados del barrio, ó al paisaje Suizo, del almanaque, exuberante, dorado, con una casuca evocadora y un corralillo entre las malezas—, única variación poética y sentimental que se verifica de año en año...

Seguiré paseando sin objeto, pernoctaré como siempre en el Ateneo; obraré indefectiblemente con razones prestadas—con las razones de los demás—utilizando, según las circunstancias, mi guardarropía; y como

los demás—más abandonadamente que los demás— continuaré cavando mi *escalo,* un escalo que se dirige á la *sinecura,* supremo objeto en esta vida tergiversada y al que todo conquistador usufructúa con honores de rey y sacerdote, como si lo hubiera adquírido en una gloriosa ascensión... Y seguiré siendo el parásito de los museos, en cuyos divanes se distiende mi inadaptado viendo algo de su ideal en las bacanales y en las lozanas mujeres de Ticiano y del Veronese (no como los muchachuelos en las cortesanas adiposas de Rubens, mujeres sedentarias del siglo XV que él se atrevió á desnudar, como sólo pudieron hacerlo sin vergüenza las mujeres primitivas) en los Discobolos, en los atletas, en los gladiadores, en los Antinoos de las reproducciones y algo degenerado, pero todavía rozagante y apetitoso en esos cuadros de Branwer Brueghel, Van Ostade y Teniers, en que hay lugareñas plásticas, bermejas, desbordantes; abrazos calurosos, besos plenos, desen-

voltura, animalidad, algazara, borrachera de lúpulo y hombres rollizos, empurpurados que fuman su pipa de porcelana junto al panzudo jarro de Sileno, pábulo quimérico, inestimable, de la francachela...

● ● ●

Y ya está dicho todo (?). Satifecho, me froto las manos. La belleza parisina del caballete me mira como siempre, con un gesto soñador de mujer que se entrega.

Calmosamente, tirando de los cuatro pelos de mi bozo, me voy dando cuenta del encanto familiar de todas las cosas de mi alrededor.

Electrizado por una caricia hipotética, me repliego en el sillón y me vuelvo á frotar las manos.

En este momento me creo digno de que Napoleón I, que me mira desde su pedestal, me condecore con la cruz de la legión de honor que pende de su banda.

Dejo el asiento y abro el balcón.

Son las las dos de la noche. Levanto la cabeza, el cielo está límpido, aljofifado y lleno de estrellas.

Perfectamente.

Hoy, que hace buen día en la *Bombilla*, en un ágape intimo, del que seré el único comensal, me premiaré la nobleza (?) inaudita de mi sinceridad, y á la hora de la digestión la olvidaré definitivamente. Sería develador que con mi independencia me encerrara en mi propia ley. Por esto, evitando el peligro de que este libro pueda ser un precedente ó un prejuicio inexorable para mi porvenir, temiendo que, bajo una forma democrática, haya florecido de nuevo el tirano, la descabezo con una gran interrogación—, tajante hoz que me vindica.

Ahora principien las logomaquias.— —Todo está bien.

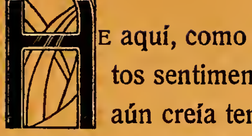


En Madrid, á mediados del año 19, después de mi nacimiento.

● ● ●

POST SCRIPTUM

Quien encuentre aceptable mi modo de pensar (?) debe conocer para no dejarse llevar por los impulsos que liberto, el libro de Reumier sobre «Enfermedades secretas»; la historia de *Monjuich*, por Sempau; los modos de la arbitraridad (los códigos); un libro de higiene, y como antífona sagrada y ejemplar, que hay de guarnición en España 80.000 hombres.

E aquí, como apéndice, unos cuentos sentimentales, escritos cuando aún creía tener corazón. Son *reprises* de mi romanticismo de ayer, que no sabía aún que el espíritu de un prostituta es sólo una blasfemia vulgar, ni que una boca llagada se queja y escupe en vez de discursear y florecer...

EL CIEGO
Y LA HETAIRA

Á LEOCADIO MARTÍN RUÍZ

El pobre ciego, que pasaba por la vida buceando siempre, con su violín enfundado á la espalda, su báculo estrepitoso en la diestra, mientras la siniestra se orientaba á su modo, había tropezado.

Una pequeña herida sobre la frente manaba sangre negra, sangre famélica.

Detenido en su camino; rodeado de un grupo de curíosos; consolado por la mera solicitud de las recomendaciones; ardiéndole la llaga, tembló todo él, cuando un pañolito humedecido se aprestó á refrigerarle...

Unas manos femeninas, amorosas, místicas se afanaron con cariño fraternal en curar al ciego que, siendo un hombre, bien parecía un niño.

En los ciegos, sobre todo en los de nacimiento, sucede que conserva su rostro un dulce gesto seráfico de inocencia y de infantilismo. Esto les hace emocionantes y amables.

La bella mujer que le consuela con la oleaginosa caricia de sus palabras y de su celo es una hetaira. Quizá es el prólogo de una Magdalena ó de una Carlota Corday...

Sus pendientes fastuosos y falsos, sus crenchas divisas en dos cocas consteladas por los brillantes de sus peinetas, ojerosa, sin corsé, desbordada, todo su aspecto juvenil, mañanero, descompuesto, sin coquetería, reberveraba franqueza y familiaridad...

—¿Te duele menos?—le pregunta con un acento nítido, fervoroso y bueno.

El ciego sonríe.

Una voz canalla le interpela entre el grupo:

—¡Qué suerte tienes! Con gusto me pondría en tu lugar, herido y ciego, con tal de que una mujer tan hermosa restañara mi llaga!...

El rostro angelical, insesuado, tímido y bondadoso del ciego se ha demudado súbitamente, y la lujuria, aventurando sus manos, ha tenido un desplante histérico.

Entonces la hetaira, solemne y frenética, le ha golpeado con encarnizamiento.

Todo el desprecio que sentía por los hombres se ha incendiado en un instante.

Ella, que había sentido al consolarle un inefable efecto lustral, que había experimentado un dulce encanto al imaginar la pureza mirífica, ablucionada, impoluta de su silueta refleja en el espíritu del ciego, de pronto, al conjuro de una tentativa balbuciente de concupiscencia, vió fracasar su orgullo, su emoción, y disiparse su aureola.

Era como los demás, y ya que los ojos no eran en él su prejuicio barragán, lo eran sus oídos...

Estaba sentenciada á ser en todos otra cosa que ella misma, como se estimaba en el fondo, bajo el estigma del destino... Y ante esta obsesión, se alejó con melancolía, blasfemando.

EL APESTADO

(DOCTRINA MORAL)

Á FRANCISCO GÓMEZ-HIDALGO

Entre las cartas de mi correo—cartas sencillas de un pariente provinciano que habla de la familia, del tiempo y de la cosecha, ó de un amigo que me recuerda el paseo, á las de García y á Lola, evocando una vida apacible, arrulladora, en la que todas las horas parecen vivirse sobre una amaca—recibí una del interior inesperada y estupenda quə rompió con la brusquedad de un pedrusco mi tersura de ánimo...

Él había perdido los dos ojos y estaba en Madrid...

Abrumado, en un estado de espíritu sin alveo ni compostura posible, opté por irle á visitar.

Al verle, reculé, desconcertado por e mismo terror idiota que me ha sobrecogido en los Alpes ante el abismo.

Ciego, lívido, barbado, ulceroso, parecía un cadáver insepulto. Sonriéndome con una mueca trágica, me alargó la mano...

Un poco mareado por el olor á iodoformo y á alguna otra pócima acre, me senté junto á él...

—¿Pero es posible?—musité con miedo.

—Sí... Y hace mucho tiempo... Lo ca llé..., pero el mal habló por mí desaforadamente...

Hubo un silencio después de estas palabras, pronunciadas en el tono cercenado de las agonías...

—¿Pero cómo pudo ser?

—De la manera más sencilla... Como pueda te lo contaré todo... Esto me alivia rá... A tí te puedo ser sincero, completa mente sincero... Ante todos los *otros* mi gesto ha sido de arrepentimiento y mis palabras han sido todo lo humildes que necesitaban ser para que me compadecieran...

Cuando se cae, hay que hacerse el muerto para que no nos rematen.

Mis rebeldías, ¿te acuerdas?, nuestras rebeldías habían caído en manos de ellos fatalmente y hubieran sufrido su venganza de no desmayarse. Tú comprenderás mi prevaricación...

Lo que me ha sucedido es mucho y no es nada.

Tu verás; es una perversidad inocente...

Escucha con atención lo que te voy á decir, y después escribe sobre ello, porque quizás viendo mi carroña estetizada aprenda á quererme románticamente... ¿Sonríes?

Se me ha reblandecido el cerebro; esto te explicará mi incoherencia y mis pausas... Además tengo inflamada la boca... Tú no tendrás prisa, ¿verdad?...

Es la historia de mi desdicha, un cuento jacarandoso de Arsenio Houssaye, con un desenlace incomprensible y chocarrero, indigno del cuento y como sin relación con él.

Ella fué una aparición radiosa al extremo de una calle... Cuando la divisé se exal-

taba tentadora y coqueta ante el escaparate de una joyería...

Yo me sentí el estudiante de hacía dos años. ¿Te acuerdas? Aquel estudiante que escribía versos, y que cuando alguna vez iba á clase añoraba ante unas fotografías deslustradas el hogar lejano, la hermana, la novia, la era, el paisaje...

Estaba en Madrid perentoriamente para solventar un negocio. La esposa estaba lejos y todo el hambiente de la juventud al lado. Deseché la melancolía de la transfiguración, y como el estudiante de entonces, me acerqué á ella.

Entre el plumón de cisne, espumoso y albísimo, lucían su óvalo demacrado unas facciones de impúber dignas de todos los simbolismos...

Me sonrió con inocencia, y tú ya sabes que la inocencia es la coquetería más irresistible. Bien sabe de esto el egoísmo de las virtuosas...

Descubrí que era ingenua, y bajo la anfibología de su destino y de sus ademanes

de ninfómana comprendí que era inocente.

En cuanto á su cuerpo era quebradizo y pálido, quizá ya un poco descompuesto...

Eso fué todo... Después se anunció la enfermedad... creí curarme y me volví á enamorar de mi esposa...

Pero de pronto surgió la enfermedad de nuevo. En silencio había estado fraguando su apoteósis...

Hoy, ya ves, anémico, ciego, supurando por todos sitios...

Viviré poco. ¡Somos tan débiles, tan degenerados, que perecemos en cuanto nos prueba la enfermedad! Recuerdo que leí en otro tiempo un poema latino en que se hablaba de la curación antigua de este mal. Entonces no existía la terapéutica de cuarta plana, pero el hombre era fuerte, saludable, silvestre y no necesitaba más que despertar á su constitución, exaltarla, para que se impusiera al morbo, así, recomendaban aquellos exámetros, un potro ardiente y una selva que recorrer... Yo soy un ser del siglo XIX y viviré poco. ¡Pero he de sufrir tanto después de haber muerto!...

—¿Cómo, tú supersticioso?—le interrumpí.

—No; pero uno de mis hijos está también apestado, y es idiota... Si algo traspasa este estoicismo relativo en que me he rezagado con estupidez, es su ¡oh!... ¡oh!... constante y el balanceo de su cabezota que no dejará de obsesionarme con su gesto bárbaro, un gesto de que te horrorizarías... Vacila violentamente sobre los hombros, como desorientada, como en perpetuo vértigo, como vacía, en un desequilibrio espantoso y perdurable...

Su madre todos los días se afana dolientemente como una santa, y le unge al pobre niño de mercurio...

La concepción que tiene de la vida mi pobre esposa es verdaderamente aciaga...

Ella no sabe que la otra era inocente, que yo soy inocente, que la vida y el hecho son inocentes y que la propia enfermedad es inocente de esa delincuencia con que la inculpan.

Margarita llora interminablemente, invo-

ca á Dios; pero, sobre todo, maldice y da una silueta medrosa y saturniana á cosas tan sencillas como las que han colaborado en mi tragedia...

¿No crees tú que no tiene que ver nada la enfermedad con aquella mujer, ni la culpa con la desdicha, ni la maldad conmigo?...

Y sobre todo es ajena á ia desgracia la simple Enriqueta—creo que me dijo que se llamaba así—. Lo olvidé porque creí que sólo tendría un papel lacónico y secundario en mi vida. Hoy, ya ves, ella tiene el papel de traidor en el melodrama, sin ser traidora y sin ser melodrama el suceso más que para los otros... Nosotros, tú sabes que siempre hemos sonreído incrédulos ante los melodramas...

Me levanté para marcharme. Ya era la segunda vez que veía moverse la cortina. Quizás era importuno...

—¡Cómo!, ¿te marchas? No me olvides, Ven. Nuestras entrevistas tendrán interés. Yo te prepararé un exótico discurso hecho de sangre y de benignidad...

Pero ven pronto, porque temo que si no,

no mc encuentres... Estas cosas traen complicaciones de muerte, y sobre todo cuando como yo se tiene un pulmón menos y se es tuberculoso... Además, la morfina...

Si encuentras la media puerta cerrada, no subas; tropezarías con muchas hipocresías, y mis deudos te contarían la falsa historia de mi vida y de mi muerte, según la maldita concepción de su misoneísmo...

Mi única ilusión es que tú no me compadezcas... ¡Soy tan vizcoso, tan despreciable, tan gafo, tan hirsuto, tan grotesco en la concepción de los *otros!*... Una pesadilla me venía obsesionando hace días; me imaginaba en la capilla del cementerio, rodeado de ellos, aniquilado y desparecido, sin ningún rasgo, mío, íntimo, bueno, humano.

Ahora me basta para consolarme, el saber que tú estarás allí, mi heredero, mi duplo, mi perpetuidad...

Hizo una pausa y prosiguió:

—Díme, ¿se siguen cantando *couplets*? ¿Hay gentes que ríen? ¿Sigue habiendo poeas? ¿Hay gentes que no están desahuciadas?

Me rebelé ante todo el dolor de esas preguntas, y le interrumpí iracundo:

—Haces bien en odiar la vida, aborrécela, blasfema con su nombre, consuélate...

Es demasiado indiferente todo á nuestro alrededor, es demasiado absurdo. Créeme. Si yo encontrara el punto que pedía Pascal para mover el universo, ahora mismo, apalancándole con mi bastón, le lanzaría en el abismo con sus sarcasmos y sus embrollos...

—Gracias, buen amigo, pero ese punto no existe, y si existiera, estaría ya custodiado por una policía internacional, insobornable—me repuso con una ironía amarga, acidulada—. No te preocupes, yo me consuelo amando, sintiéndome junto á *ella* mientras llora y reza... Mi dolor ha florecido en una margarita, no ha necesitado florecer como un espino...

Nos despedimos.

Y en la puerta de la calle, con el pecho hendido y los ojos sin luz estuve un buen rato sin saber orientarme...

LA DONCELLA

Á NICASIO HERNÁNDEZ LUQUERO

ADELA era abrileña y bonita. Siendo digna de un principado en la corte galante de Bocaccio, servía como doncella en una casa de importancia.

La vida está tan mal organizada, que las que debieron ser reinas y princesas son modistas y doncellas...

Tan sencilla, tan tímida, tan sin fondo como se nos aparece, ella tiene su jardín interior, y en ese jardín cuida una tornasolada flor de ensueño... No todos sus pensamientos evocan la realidad, á Pepe el de la tienda de comestibles, á Juan, el de la panadería, y Ruperta, la amiga íntima del tercero...

Con sencillez, ante el almanaque del comedor, ella concibió su quimera.

En ese cromo vivaracho y decidor, un hombre apuesto y elegante, según una moda arcáica, se arrodilla ante una jovencita tímida é irresoluta que, con su cofia

blanca, su falda corta, sus chapines lujosos y un delantal de rizosas hombreras puede ser ella misma...

Este ensueño humilde tiene la humildad transitoria del botón que espera abrirse con soberbia magnificencia algún día.

Adela, también con el plumero bajo el brazo, sentada con prudencia al extremo de una silla aporcelanada, se ha extasiado soñando una apoteósis parecida, ante la señorita airosa y relamida que nunca acaba de prenderse sobre el descote una sarta de perlas...

Pero su quimera favorita é incandescente era el cromo del almanaque, cuya aventura realizada la pondría en camino de ser la espléndida figura de las preseas y del *tisú*.

Mucho la sonreía el estudiante de enfrente... ¡Quién sabe!...

En esta nostalgia había una preterición y una infidelidad para el retrato del dije, con el que al fin transigiría. La transigencia es el principio del amor.

LA MUERTE DEL LUNÁTICO

Á JOSÉ QUILIS PASTOR

(En el bar alemán, Guillermo II me acaba de servir tres dobles. Esto me ha exaltado. Y en disposición de matar un policía, ó de hacer otra frivolidad por el estilo, me he decidido á piruetear. Entonces he escrito esta necrologia.)

ESTE era un taumaturgo que vivía enamorado de la luna...

Una noche llegó á darla una cita en el jardín, imposibilitado de llegar como hombre galante á la barbacana inexpugnable de su dueña...

Todas las cabriolas habían sido efímeras.

El buen lunático aguardó la noche; sonó al fin la hora, y la buscó en vano por las umbrías.

Ya desesperaba, cuando la vió bañándose en el estanque como nna diana albísima... Le esperaba, quiza, y se lanzó en su busca...

La luna del espejo de la luna se hizo pedazos. La coqueta hizo un gesto de desagrado en sus alturas, pero recobró su sonrisa cuando, recompuesto el acueo cristal del espejo, pudo arreglar uno de sus rizos desprendidos. Ensayó de reojo una nueva coquetería, y siguió haciendo carantoñas al poeta melenudo y pálido que en su buhardilla se moría también de amores.

¿Pero no tendrá remordimientos la casquivana?

¡Sonríe, buen lunático en el paraíso de los poetas; tamaña es la venganza con la ofensa; el bohemio que asoma su cabeza febril por una claraboya, no puede amar sólo á una mujer, las ama con volubilidad á todas, y por esto la luna aparece como emplumada, ridículamente cornuda, tantas noches...!

¡Sonríe en el paraíso de los poetas buen lunático!



LA CAJA DE PANDORA

s una linda niña radiante de pre-precocidades y de infantilismos—rosas *germanas* y violetas en un mismo búcaro.

Su madre descompone el cuadro con su cabeza de barro cocido, su joroba y su manteleta verde en la que los sietes han sido restados con torpeza.

Desde una altura inverosimil acaban de ver *Lohengrin*.

Esto la conviene á la niña «Que aprende canto», según la frase de la madre, que fía en sus gorgoritos un abolengo que comenzó á esperar de niña con una ilusión indeleble que, como el *Fénix*, ha resucitado perdurablemente de sus cenizas.

Su hija espera, por el contrario, de su arte, después de la accidental exhibición en el escenario, bajo las joyas y el damasco, ser

la heroína en un platea...; se enrosca la pobre toquilla desgarrada al cuello, bajo los quilates de sus cabellos, y cuando salimos á la calle, después de habernos familiarizado todos al bajar la interminable escalera, la madre la dice pensando en la Walkyria:

—¡Oh, cuando tú llegues á ser...!

Y ella replica mirando un automóvil que pasa, fija un instante en una diadema que titilea bajo la luz de un foco:

—¡Oh, cuando yo sea...!.



INDICE

FE DE ERRATAS

En contra de la opinión del autor y para evitar fáciles ironías, anoto las erratas más capitales encontradas en una rápida lectura:

Páginas.	DICE	DEBE DECIR
12	Maguiavelo........	Maquiavelo.
17	trasgirversará......	tergiversara.
23	antropormofismo...	antropomorfismo.
31	logaritimica........	logaritmica.
56	Chatobriaud.	Chateaubriand.
60	ortodosia..........	ortodoxia.
95	virualidad.........	virtualidad.
87	me veo obligado....	me veo obligado á hacer.
110	espoliarium........	spoliarium.
115	Puvis.............	Pouvis.
115	Wateau...........	Watteau.

Acabóse
de imprimir este libro
en Madrid
por la Imprenta EL TRABAJO
el 4 de Abril
de
1908.



